

DON JUAN

\$14.500



I N S P I R A C I Ó N P A R A D E V O R A R E L M U N D O M A R . 2 6 - A B R . 3 0 2 0 2 0

W W W . R E V I S T A D O N J U A N . C O M



E S P E C I A L
C O V I D - 1 9

C R Ó N I C A
A I S L A M I E N T O
E N M A D R I D

C R Ó N I C A
E L C O R O N A V I R U S
E N I R Á N

C R Ó N I C A
R O M A
E N C U A R E N T E N A

C A R O L I N A G A I T Á N



BLAZER RS

EL VALOR DE SER DIFERENTE.

WIFI POWERED BY ONSTAR®

La música que te define viaja contigo siempre en tu All New Blazer RS, gracias al sistema de sonido Bose con 6 parlantes. Disfruta además del motor 3.6L V6 de 308 caballos de potencia y la última tecnología en seguridad con la cámara 360° y control crucero adaptativo.

FIND NEW ROADS™

Las imágenes son de referencia y pueden no corresponde a la oferta comercial vigente.
Conoce más en Chevrolet.com.co.




CHEVROLET

 **OnStar®**



FRENADO
AUTÓNOMO DE
EMERGENCIA



SISTEMA
ANTIBLOQUEO
DE FRENOS



CONTROL
ELECTRÓNICO
DE ESTABILIDAD



ALERTA DE
COLISIÓN
FRONTEL



SISTEMA DE
SUJECCIÓN
INFANTIL



AIRBAGS
(7)

Chevrolet usa
y recomienda
lubricantes.

ACDelco®

DON JUAN

INSPIRACIÓN PARA DEVORAR EL MUNDO



@REVISTADONJUAN



@REVISTADONJUAN



/REVISTADONJUAN

DIRECTOR

Fernando Gómez Echeverri
fgomez@revistadonjuan.com

EDITOR GENERAL

José Agustín Jaramillo
josjar@eltiempo.com

DIRECTOR DE ARTE

Javier Garzón
jgarzon@revistadonjuan.com

WWW.REVISTADONJUAN.COM

PRODUCCIÓN
Isabel Cristina González
isagon@eltiempo.com

ASISTENTE DE PRODUCCIÓN
Laura Moreno

ASISTENTE EDITORIAL
Esmeralda Rincón
esmrin@eltiempo.com

DISEÑO ORIGINAL
Javier Garzón - William Infante

PORADA
Hernán Puentes

PERIODISTAS

- Miguel Mendoza • Marta Orrantia
- Catalina Gómez • Jaime Manrique
- Andrea Jiménez • Sebastián Heredia
- Andrea Uribe • Alejandro Aguirre
- Mario Amaya • Ángela Posada-Swafford
- Nicolás Rocha • Julián Ríos • Federico Arango • Mauricio Silva • Jorge Peris
- Rubén Higuera • Mónica Diago

FOTÓGRAFOS

- Sebastián Jaramillo • Charlie Cordero
- Ricardo Pinzón • Natalia Hoyos
- Pablo Salgado • Andrea Moreno
- Felipe Loaiza • Juan Manuel Vargas
- Mauricio León • Carolina Rinaldi
- Alejandra Quintero • Kaveh Kazemi

CORRECCIÓN DE ESTILO

Martha L. Sotomayor Pulido

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN

Archivo El Tiempo Casa Editorial

EL TIEMPO

CASA EDITORIAL

GERENTE REVISTAS

Maria Cristina Amaya
marama@eltiempo.com

GERENTE DE MERCADO

Diana Gómez S.
diagom@eltiempo.com

MERCADO

Kathy García Ibarra
katgar@eltiempo.com

DIRECTOR DE PRODUCCIÓN

Mario Benavides Sierra
marben@eltiempo.com

JEFE PUBLICIDAD CALI Y EJE CAFETERO

Adriana Muñoz
adrmu@eltiempo.com
Tel.: (2) 4899830

EJECUTIVA DE PUBLICIDAD CALI

María Elena Echeverry
marech@eltiempo.com
María Clara Hincapíe
clahin@eltiempo.com

JEFE PUBLICIDAD COSTA

Silvana Nieto
silnie@eltiempo.com
Tel.: (5) 385 3564

EJECUTIVA DE VENTAS CARTAGENA

Patricia Márquez
patmar@eltiempo.com
Karen Visbal
karvis@eltiempo.com
Tel.: (5) 6930191

EJECUTIVAS PUBLICIDAD BOGOTÁ

Tatiana Uribe
taturi@eltiempo.com
Viviana Vásquez
vivas@eltiempo.com
Mariana Arango
marara@eltiempo.com

SUSCRIPCIONES Y SERVICIO AL CLIENTE

Línea Nacional: 01 8000 110990
Bogotá: Tel. (1) 4266000
issn 1909-3179

PREPRESA DIGITAL

Zetta Comunicadores
Impresa en Colombia por
Printer Colombiana S.A.

JEFE DE PUBLICIDAD MEDELLÍN

Juliana Saldarriaga
julsal@eltiempo.com

DISTRIBUCIÓN EN PUNTO DE VENTA

Distribuidora El Tiempo

"UNA PUBLICACIÓN DE EL TIEMPO CASA EDITORIAL S.A. COPYRIGHTS © 2010. PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL, ASÍ COMO SU TRADUCCIÓN, SIN AUTORIZACIÓN ESCRITA DE SU TITULAR. LAS OPINIONES DE LOS COLUMNISTAS SON SUYAS Y NO DE CASA EDITORIAL EL TIEMPO S.A., Y POR LO TANTO ELLOS SON RESPONSABLES DE LAS MISMAS".

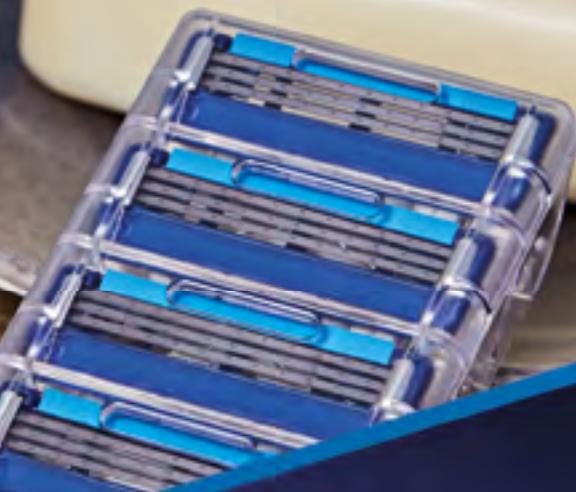
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL SIN AUTORIZACIÓN EXPRESA DE LOS EDITORES. DERECHOS RESERVADOS. LOS ESCRITOS DE LOS COLABORADORES SOLO COMPROMETEN A QUIENES FIRMAN. REVISTA DON JUAN. UNA PUBLICACIÓN EDITADA POR MULTIREVISTAS EDITORES LTDA., UNA COMPAÑÍA DE CASA EDITORIAL EL TIEMPO S.A. PERIODICIDAD: MENSUAL. AVENIDA ELDORADO N.º 68B-70 PISO 2 – PBX: 294 0100 FAX: 416 5643, BOGOTÁ

MACH3[®]
TURBO™



Gillette
MACH3

•



Gillette

C O V I D - 1 9

Teníamos otra portada. Llevábamos un par de meses planeando nuestra edición musical, pero la crisis del coronavirus se nos vino encima. De un día para otro, decidimos cambiar el contenido y la portada de esta edición, y Carolina Gaitán –que estaba lista para posar con un micrófono y una chaqueta de cuero– se unió a esta aventura sin titubear ni un solo instante. El sábado 14 de marzo, a las 6 de la mañana, le dijimos que podíamos hacer las fotos que habíamos pensado o crear una metáfora del aislamiento con las mascarillas que habíamos llevado al estudio para quienes las necesitaran y un plástico aislante que Isabel Cristina González –nuestra incansable productora– había conseguido la tarde anterior.

Por ser un tema tan delicado, le consultamos al doctor Carlos Francisco Fernández –el asesor médico de EL TIEMPO Casa Editorial– cuál creía que era la foto de portada correcta, y él nos dio las luces finales. La foto de Hernán Puentes es una metáfora de este momento. Y una invitación extrema para tomar todas las medidas de aislamiento posibles.

El COVID-19 no es una broma ni una conspiración de científicos locos creada para el 007 por Ian Fleming. Toda esta edición explora la enfermedad desde distintos puntos de vista, desde la propia experiencia de Carolina –que en tres días vio cómo nuestro mundo cambiaba en su regreso a Estados Unidos–, hasta las desgarradoras crónicas que nos enviaron nuestros periodistas desde Teherán, Roma y Madrid. Cada una de sus historias me hizo llorar, me hizo palidecer de miedo y tengo la esperanza de que sus palabras nos sirvan a nosotros en este momento. Catalina Gómez, Marta Orrantia y Jorge Peris hicieron un resumen exhaustivo de lo que pasó en cada país y las medidas que funcionaron y las que no. Hablan de la cotidianidad, de cómo vivir aislados, de cómo ser felices y tener esperanza.

Vamos a salir adelante. En estos momentos es cuando sale lo mejor de la humanidad. ■



A handwritten signature in cursive script, appearing to read "Fernando Gómez Echeverri".

FERNANDO GÓMEZ ECHEVERRI
Director

FOTOGRAFÍA: HERNÁN PUENTES

¿Sabes cuál es la forma correcta de limpiar tus **oídos**?



Registro Sanitario INVIMA 2011DM-00008301

Una solución suave que disuelve y elimina el exceso de cera, previniendo su acumulación.

● QUIMICA SUIZA

GILBERT
LABORATOIRES

S

36



Irán es uno de los países más afectados por el coronavirus. La cifra oficial de contagiados, que al momento del cierre de esta edición supera los 16.000, puede estar muy por debajo de los números reales porque las sanciones económicas que enfrenta ese país impiden la compra de *tests*. Catalina Gómez Ángel, desde Teherán, cuenta por qué, a pesar de las advertencias, la gente continúa en la calle.

A

22

Carolina Gaitán aceptó la propuesta de DONJUAN y se puso un tapabocas para una sesión de fotos impactante. Fue un cambio de planes de última hora para hablar del tema que, de un momento a otro, se convirtió en la mayor preocupación mundial. Los tapabocas son una metáfora del aislamiento al que se está enfrentando, en este momento, toda la humanidad.

U

44



Para hacerle frente al aislamiento, que se convirtió en una norma, Italia se puso a cantar en los balcones. Marta Orrantia escribe, desde Roma, cómo fue que el virus, durante varias semanas, se extendió por el norte del país hasta paralizar casi toda la economía, algo que sucede por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial.

M

52

Mientras Italia estaba entrando en el aislamiento, España estaba tomando una caña, asistiendo a manifestaciones multitudinarias y haciendo chistes sobre la epidemia. Ahora, todo el país está confinado en casa e intenta inventarse cualquier actividad para no sentirse en un encierro eterno. Jorge Peris escribe una carta desde Madrid para contar cómo el país de la juerga y la buena comida intenta mantener a flote su sistema hospitalario y no caer en la desesperanza.

R



68



Un cuadro del siglo XVI puede describir perfectamente el sentir de estos tiempos: en *El triunfo de la muerte*, Brueghel pintó un ejército de esqueletos comandado por la parca. El arte y la literatura permiten ver cómo el ser humano, durante siglos, se ha relacionado con las pestes y las epidemias, ha tomado decisiones para superarlas o se ha rendido ante una salvación divina. El escritor Miguel Mendoza explora en este texto la intensa relación que tienen estas artes con la enfermedad y la fragilidad humana.

O



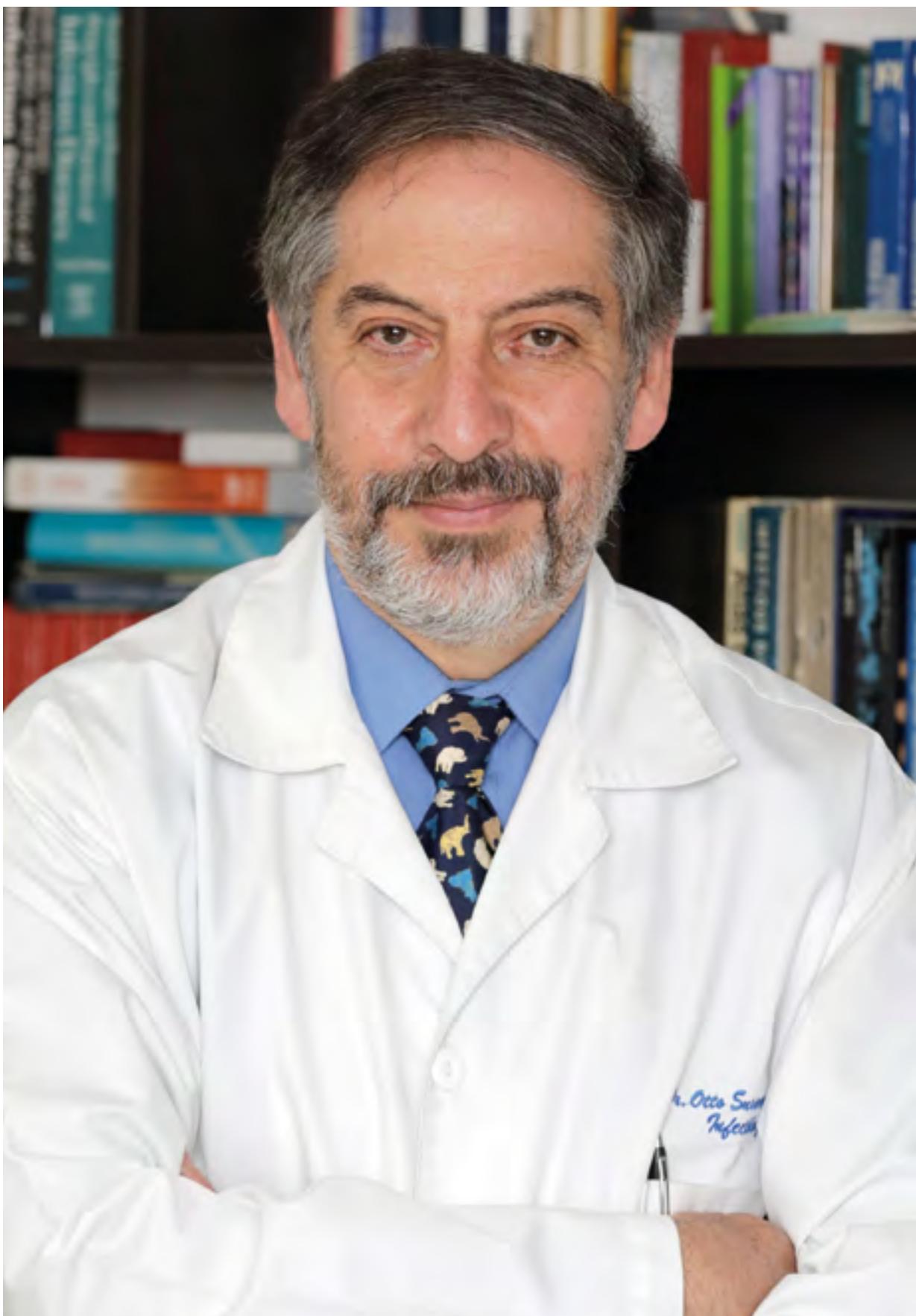
Enzo Feldini

1995



Compra Online
www.enzofeldinistore.com

Cali: C.c. Unicentro local 181 - **Barranquilla:** C.c. Buenavista, almacén Madison local 138



OTTO A. SUSSMANN P.

EL MÉDICO Y MICROBIÓLOGO CREE QUE ESTA ES LA GRAN PANDEMIA DEL MILENIO,
PERO HACE UN LLAMADO A LA CALMA Y A EVITAR EL PÁNICO COLECTIVO.

POR NICOLÁS ROCHA CORTÉS
FOTOGRAFÍA HECTOR FABIO ZAMORA

La compasión es humana. Lo ha demostrado la historia y ha sido retratado por la literatura. El inicio de *El Decamerón*, de Giovanni Boccaccio, narra cómo la peste que golpeó a Florencia en 1348 cobró la vida de más de veinte millones de europeos, pero evidenció que la compasión que el ser humano es capaz de sentir por otros suele ser la respuesta en tiempos de pánico y desconcierto. Sussmann lo sabe. Es hijo de un filólogo alemán que llegó a Colombia de la mano de una misión de la Universidad Alemana durante 1938 y que fue profesor en las universidades del Cauca y de Nariño. Él, fanático desde pequeño por los microorganismos, estudió Microbiología en la Universidad de los Andes y durante su séptimo semestre comenzó Medicina en la Universidad Nacional de Colombia y se vinculó a la Unidad de Patología Infecciosa del extinto Hospital San Juan de Dios, dirigido por el doctor Jaime Saravia, uno de los decanos de la infectología en Colombia. En la década de 1980 estudió el VIH y por eso sabe que las palabras tienen poder: en medio de la pandemia, términos como como “¡Alerta!”, “¡Más muertos!” o “El apocalipsis” solo generan terror.

Más recientemente, Sussmann fue docente en varias universidades, participó en el diseño del programa de enfermedades infecciosas de la Universidad del Rosario y se vinculó a varias clínicas: en la Clínica Universitaria La Sabana es asesor de comité de dos unidades de atención de enfermedades infecciosas, una de ellas dedicada a personas con VIH y otra a infectología en general. Además, es miembro y expresidente de la Asociación Colombiana de Infectología. Una voz que puede hablar de la epidemia del COVID-19 desde la ciencia y el manejo social.

EL COVID-19 ha revivido viejos fantasmas como la gripe española y la peste bubónica.
Claro, si vemos el momento de la gripe espa-

ñola, esta se dio durante la posguerra, con un pueblo sumido en la pobreza: las condiciones de salubridad eran catastróficas y los países estaban aislados. Hace poco, alguien hizo una simulación de lo que habría sido la gripe española en tiempos de globalización y llegó a la conclusión de que probablemente la habríamos podido controlar. Pero si miramos el cólera, la peste bubónica que arrasó Europa, las pestes romanas y egipcias que diezmaron poblaciones completas, eran otros tiempos. No hay que comparar.

Pero cuando la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró al COVID-19 como pandemia, todo el mundo se alarmó.

El virus aparece en una región específica de la República Popular China, por las condiciones ambientales, culturales o de salubridad de muchos de los mercados chinos, como ellos lo han reconocido recientemente. Independiente de eso, surge probablemente de una combinación de virus de murciélagos y serpientes con una capacidad de adaptación al ser humano. Alguna vez un investigador, haciendo una homología entre las enfermedades respiratorias como la influenza, que se transmite a través de aves, dijo que estas infecciones se iban a transmitir en pájaros de acero. Y eso fue lo que ocurrió: la globalización incluye las infecciones. Cuando este virus empieza a llegar a los diferentes países, rompiendo el cinturón geográfico chino, es cuando la OMS dice: “Esto es una pandemia”.

Estamos hablando de una pandemia porque está prácticamente en todos los rincones del globo.

En Alemania, por ejemplo, hay una mortalidad del 0,3 %, mientras que Italia está en el 7,9 %. ¿Por qué las diferencias?

La diferencia es cultural. El alemán, por definición, y lo digo desde la experiencia, es una persona estricta, que obedece las normas; los latinos somos diferentes. No es una regla general, pero en los casos de Italia y España se ha visto un comportamiento contrario a las recomendaciones. Los italianos y los españoles, como nosotros, son festivos: abrazan, besan, las muestras afectivas son constantes, contrario a los alemanes. Pero, también hay que ver que Italia es una población longeva. Los factores socioculturales, demográficos y ambientales pesan tanto en la diseminación de las epidemias como en las tasas de mortalidad.

¿Eso dónde nos deja parados a los colombianos?

Hay varias cosas por decir, desde mi perspectiva. Hasta ahora [18 de marzo, cuando hay 97 casos en el país] el trabajo que ha hecho el Ministerio de Salud es bueno: por fases, con orden y, sobre todo, con prudencia. De cierta forma, estamos preparados y se está recuperando mucho de la experiencia con la influenza. Segundo, lo que más me preocupa es el pánico colectivo. ¡Ojo! No estoy minimizando el COVID-19. Estamos frente a una pandemia, pero los llamados a controlarla somos nosotros mismos.

¿Es realmente efectivo el aislamiento?

La separación social es vital porque, como los latinoamericanos somos cercanos y afectivos, desde un punto de vista teórico, compartimos los gérmenes. Las infecciones se transmiten cuando estamos a un metro, o menos, de la

persona que es portadora; cuando hablamos o tosemos estamos eliminando virus. Aunque estamos en pandemia de COVID-19, esto es igual para todas las enfermedades respiratorias. Esto es de siempre y para siempre: es obligatorio lavarse las manos constantemente y la cara para disminuir la cantidad de gérmenes presentes en nuestra piel. Y, si tenemos síntomas respiratorios, utilizar tapabocas.

¿Por qué este virus se transmite tan rápido?

No sabemos, ni creo que lo vayamos a saber, a menos que tengamos la posibilidad de hacer un estudio de campo amplio, qué porcentaje de personas puedan quedar como portadores asintomáticos. ¿Quiénes tienen la mayor probabilidad de transmitir el virus? Las personas sintomáticas con tos y fiebre, que tienen una carga viral más alta y, por lo tanto, una posibilidad de transmisión mayor. Las personas infectadas pueden transmitir el virus a entre dos y media y tres personas más. Comparado con la influenza, que es uno a uno, este es un virus muy contagioso. Ahora, de las personas que se enferman o que se van a enfermar, el 80 por ciento van a tener una enfermedad leve, que se puede manejar en casa. Del 20 por ciento restante, el 15 puede presentar un cuadro más severo que requiera hospitalización, y el 5 puede terminar en una Unidad de Cuidado Intensivo (UCI). Las tasas de mortalidad varían dependiendo de la edad.

Pero esas tasas no dejan de ser preocupantes...

Gracias a la información compilada del caso chino, los menores de cuarenta años prácticamente no presentan mortalidad, sobre todo los menores de quince. A partir de los cuarenta empieza a aumentar la tasa, siendo los realmente afectados los mayores de ochenta años, en donde la mortalidad asciende al 3 o al 3,5 por ciento. Hay muchos datos acerca del COVID-19 y gracias a todos los análisis que hacen los epidemiólogos, la cifra real de mortalidad puede estar en el 1,4 por ciento. Este es un valor mucho más bajo que el valor para influenza o el SRAS. En ese sentido, el impacto final va a ser en salud pública porque estamos congestionando el sistema de salud con un gran número de pacientes enfermos. Si las personas acatamos las recomendaciones, si los que no están graves

se quedan en casa y hacen uso del tapabocas, el jabón y el aislamiento, y utilizan los servicios domiciliarios –que, sí, están saturados, pero están respondiendo– vamos a mitigar la curva ascendente. El dato de hoy, que mañana cambiará, es que el promedio de atención domiciliaria está entre seis y ocho horas. No sabemos aún si este será un virus que se quede con nosotros, un virus endémico, pero podemos aplacar el número de contagios.

He leído que las personas no mueren por COVID-19, sino con COVID-19. Este virus complica otras afecciones, más no es letal por sí mismo.

Sí. La mortalidad se ha asociado en adultos mayores que presentan comorbilidades cardíacas y pulmonares. Si bien es cierto que el virus puede producir neumonía, esta no es una característica única del COVID-19; muchas enfermedades virales y respiratorias pueden sobreinfectarse con enfermedades bacterianas, y el hecho de que exista una infección que genera una respuesta en el organismo puede hacer que otros órganos se vean afectados. Es una simbiosis en la que varias complicaciones trabajan para lo mismo. El mensaje de que las personas mayores de sesenta años se aíslan en casa tiene mucho sentido.

Hay quienes están acaparando el gel antibacterial y los tapabocas, dejando a muchos sin siquiera uno para usar.

Es pánico colectivo. Ha habido de todo en los medios de comunicación. Desde noticias alarmantes y otras responsables. En mi opinión, en las últimas semanas se ha tratado mejor la información, pero si a la gente le dicen: "Ayer teníamos veinte casos y hoy tenemos cincuenta", se muere del susto. Nos ha faltado saber comunicar: no hay ninguna medida que tenga más impacto en el control de infecciones, sea

cual sea, que el lavado de manos. Uno de los programas líderes de las instituciones de salud se llama "lavado de manos". La OMS nos pide constantemente que trabajemos en eso, y no hay ninguna medida que tenga más impacto, ni las vacunas ni los antibióticos. Hay que lavarse las manos a toda hora.

¿Qué recomendaciones médicas hay para los casos aislados en sus casas?

Han salido algunos documentos que dicen que las personas que toman Ibuprofeno pueden presentar complicaciones y una tasa de mortalidad más alta, pero no hay una verdad comprobada sobre esto. Igualmente, se recomienda tomar acetaminofén, líquidos, y aislamiento por medio del tapabocas. ¿El cuidador qué debe hacer? Lavar muy bien los alimentos, mantener una dieta sana para él y el paciente, porque a pesar de que cuando estamos enfermos nos da inapetencia, hay que comer muy bien porque toca ayudar al sistema inmunológico. Además, el secreto del cuidado del hogar es el aislamiento con tapabocas, lavarse las manos y limpiar las superficies. No hay un tiempo definido, pero cada dos o tres horas es recomendable limpiar. ¿Con qué? Con una solución jabonosa: el virus es bastante sensible a la mayoría de sustancias antisépticas y los jabones que usamos.

Hay una consigna que se tomó las redes sociales: "El aislamiento es un privilegio de clase". Es decir, hay trabajadores informales que, simplemente, no pueden quedarse tanto tiempo sin trabajar.

Hay un punto en el que insisto: acá hay un tema de solidaridad. Los que tenemos privilegio y tenemos mejores condiciones tenemos que ser solidarios y compasivos. ¿Cómo? No sé, no te puedo dar el método porque en países como Colombia los fondos comunes ya sabemos a dónde van a parar. Pero, pienso que debemos asumir una responsabilidad social con las personas que, desafortunadamente, viven del día a día. Mi mensaje final es que esta epidemia ha puesto en evidencia la vulnerabilidad del ser humano desde lo físico hasta lo social. El COVID-19 nos hace un llamado a retomar hábitos muchas veces olvidados: un estilo de vida saludable, a pensar en los otros seres humanos, la responsabilidad social y, sobre todo, la compasión y la solidaridad. ■



ENEMIGOS DE LA CALVICIE

PARA LA DERMATÓLOGA JANETH ACOSTA, LOGRAR QUE SUS CLIENTES VENZAN LA CALVICIE ES UN OBJETIVO PERSONAL.



PUEDE CONTACTAR al Centro de Dermatología y Estética de Janeth Acosta en la página web www.janethacosta.co o en el teléfono 315 648 5007.

Hace 10 años, Janeth Acosta empezó a notar una avalancha de jóvenes de 20 a 25 años que llegaban a su consultorio de dermatología. Después de preguntarle por lo más común –tratamientos para el acné, por ejemplo– cogían confianza con ella y le preguntaban: “Doctora, ¿y usted sabe qué puedo hacer para no quedarme calvo?”. Ella quedó impactada: eran estudiantes de universidad –hombres y mujeres– que ni siquiera habían terminado su pregrado y que estaban muy preocupados por ese detalle de su aspecto.

Su reacción fue investigar. Se dio cuenta de que en su formación como dermatóloga se había vuelto experta en piel, pelo y uñas, pero el foco estaba siempre en el tratamiento de enfermedades, mientras que la calvicie había sido relegada al plano de lo estético. “Cuando comencé a ir a congresos en Europa vi que allá había un interés

en el tema, en la salud del pelo para verse bien”, explica. Entonces, tomó la decisión de recuperar en Colombia la investigación sobre pelo desde la dermatología: “Hasta ahora la ciencia no ha podido encontrar la forma de evitar que una persona sea calva, pero sí se puede prevenir y retardar la calvicie: yo puedo mantenerte con tu pelo y mejorar el que ya tienes y evitar que pierdas más”.

Después de diez años de cursos específicos en el campo, hoy ofrece dos tipos de tratamiento para prevenir la calvicie. Ambos comienzan con el uso de fotoactivación, una tecnología que utiliza luces LED de diferente longitud de onda para vasodilatar los capilares. Después, en uno de los tratamientos, se extrae plasma de la sangre del paciente y se inyecta en los folículos para estimular su crecimiento debido al factor de crecimiento de las plaquetas. En el segundo, a las plaquetas se les añade ácido hialurónico y otros nutrientes, que estimulan el colágeno. “Ambos son efectivos, aunque varía el costo”, dice la doctora. “Porque si algo tengo claro es que a este tipo de tratamientos todos deben poder acceder”. ■



KATHE LOAIZA

TENER CLARO QUE UNA IDEA MUY SIMPLE PUEDE TRANSFORMAR EL MERCADO CONVIRTIÓ A ESTA MUJER APASIONADA EN UN SÍMBOLO DEL EMPRENDIMIENTO EN COLOMBIA.

 @PEVEECKAOFICIAL

 @GODYNAMICS_

 @KATHELOAIZA

La primera empresa de Katherine Loaiza y su esposo, Pablo González, fue una reacción afortunada. Era el 2008 y tenían otros planes: estaban acabando su carrera de Derecho, tenían un hijo, trabajaban en la empresa de sus papás y pensaban montar una firma de abogados; pero la hermana de Katherine, que vive en Canadá, tuvo una visión y envió un contenedor lleno de productos de belleza: “Hay dos tipos de emprendedores”, dice ahora. “Yo soy de ejecutar con algo de estrategia, mi hermana en cambio sale a probar de una vez. Y los dos son importantes”. Cuando recibieron el contenedor, estuvieron ocho meses buscando los permisos para comercializar los productos y luego montaron una plataforma de ventas de stands en áreas comunes de centros comerciales; cuando ya tenían todo montado y funcionando, el precio del dólar –que subió de \$1.800 a \$3.300– hizo imposible nuevas importaciones y los obligó a tomar una decisión: crear Pevecka Lab, una cadena de laboratorios que fabrican productos faciales, corporales, capilares, perfumería, jabonería, bloqueadores, bronceadores, velas, maquillaje, geles antibacteriales, aceites naturales para el pelo y la piel y muchos otros productos.

Hoy, después de haber fundado más de diez empresas, Kathe es un símbolo del emprendimiento en América Latina. Es la única mujer que hace parte del Forbes Business Development Council en LAC, una red que apoya la innovación y la creación de negocios. Su carta de presentación es su propia carrera: después de Pevecka vinieron GoDynamics, donde asesora otros proyectos de emprendimiento; WeBoots, una marca de botas impermeables, y Bioductos, un servicio que utiliza robots para limpiar los ductos de ventilación de los restaurantes, entre muchas otras empresas.

Siempre la han apasionado los negocios.

¿Por qué estudió Derecho?

Siempre fui buena para los números, pero también estaba metida en todo: en el colegio fui

personera, capitana de *cheers* y participaba en los modelos de la ONU. Una vez presenté una ponencia grande y me gané un viaje a Nueva York y allá la idea terminó haciendo parte de un proyecto que tenía Naciones Unidas en África. Me di cuenta de que podía lograr cambios sociales grandes, entonces me fui por Derecho. Sufrí un montón, pero terminó siendo muy valioso: hoy, por ejemplo, en GoDynamics podemos asesorar a nuestros clientes ofreciéndoles todo. Nuestro objetivo es ayudar a la gente a cumplir un propósito, eso incluye desarrollar una línea de negocio, crear una marca, una estrategia y toda la estructura empresarial.

¿Nunca le dio miedo emprender?

Soy muy arriesgada. Cuando la gente me dice: “No sé si arrancar”, yo digo: “Arranca”. Siempre hay crisis, pero uno siempre puede renovarse. Yo trato de ver las cosas desde arriba, sin meterle el corazón a los negocios. Cuando me toca tomar decisiones, digo: “Bueno, si yo fuera un asesor no involucrado con esta empresa, ¿qué me aconsejaría hacer?”.

Las redes sociales, hoy, son esenciales en sus negocios. ¿Cuándo se dio cuenta de su importancia?

Hace dos o tres años. En el 2018, empecé a subir historias desde el mundial de fútbol –porque el fútbol es una de mis pasiones– y la gente empezó a preguntarme por mis empresas. A medida que contestaba, me di cuenta de que las mismas personas estaban mostrándome posibles líneas de negocio y dije: “Esto lo tengo que incluir en mis asesorías, mi modelo de vida y mi trabajo”.

Otra marca suya es WeBoots, las botas impermeables. En retrospectiva es una idea simple, pero no es fácil desarrollar esa visión...

La historia con WeBoots es que estábamos en una fiesta y uno de mis socios dijo: “¿Vieron las inundaciones que hay en Venecia?”. Y nos mostró unas fotos de la gente con los pies cubiertos con bolsas. Nosotros dijimos: “Uy, esto está perfecto para el Estéreo Picnic”. A la semana siguiente, la idea nos seguía persiguiendo y empezamos a investigar, hablamos con posibles proveedores y cuando encontramos a una familia que las podía hacer, nos inventamos los detalles: la suela antideslizante, el material especial de PVC, los colores... La clave está en saber qué es lo que se quiere transformar. Pasar de la idea a la ejecución, pero solamente cuando la idea soluciona un problema.

¿Colombia es un buen lugar para emprender?

Sí. La gente es muy comercial y están las condiciones políticas para sacar adelante buenos emprendimientos. Hay mucha materia prima en el contexto de zonas que antes eran inaccesibles: por ejemplo, está el sacha inchi, una nuez que consumen mucho en Japón, pero que también se puede usar en aceites y productos cosméticos. Lo que se necesita es que las personas que todavía son muy tradicionales en hacer negocios se conecten con las nuevas tecnologías. Yo creo que esta crisis del coronavirus nos va a dejar un cambio grande en ese sentido.

Uno de los principales productos de Pevecka es el gel antibacterial, que acompaña esta edición de DONJUAN.

Hay muchos tipos de geles. Unos están hechos con alcohol normal, otros con alcohol cosmético. Este tiene 70 por ciento de alcohol cosmético, pero que tiene las mismas propiedades que el normal en la eliminación de gérmenes. El otro 30 por ciento es té verde, aloe vera y otros ingredientes que protegen la piel de las manos. Lo importante del antibacterial es que invita a un cambio de hábitos, es un símbolo del autocuidado y de protección. ■

FELICIDAD

AL LÍMITE

EL BE HAPPY FEST CELEBRÓ UNA NUEVA EDICIÓN EN BOGOTÁ EL 7 Y EL 8 DE MARZO, CON CONFERENCIAS QUE INVITABAN A VER LA FELICIDAD COMO UN MOTOR DE CAMBIO.



Milena López y Julien Roche



Mauricio Tejeiro y Sebastián Yepes



Trapical Minds (Yera)



Llane



Laura García "Hola Hola"



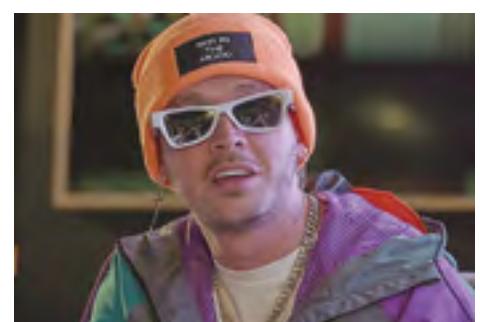
José Soto



Trapical Minds (Lalo Ebratt)



Silvana Gómez, Kelly Ramírez, Michelle Yidios
y Alejandra Tamayo



Trapical Minds (Skinny)



HERENCIA

ITALIANA

LA PRESENTACIÓN DE LAS CÁPSULAS ISPIRAZIONE ITALIANA, DE **NESPRESSO**, ESTUVO ACOMPAÑADA POR COCTELERÍA DISEÑADA EN COLABORACIÓN CON WHISKY SINGLETON.

FOTOGRAFÍAS DIEGO CAUCAYO CORREA PRODUCCIÓN SHAIO MUÑOZ



Daniele Buzzetti y Robert Kunzel



Grupo Hot Bones



Mateo Mora y María José Martínez



Andrés Rueda y Mathieu Colombier



Alejandra Bahamón, Nelson Rueda y Carolina Araújo



Carlos Quintero, Cristina Warner y Andrés Simón



Camila Castro y Karen Rodas

CARLOS MORENO

'LAVAPERROS', LA NUEVA PELÍCULA DE ESTE DIRECTOR CALEÑO, HABLA CON UNA VISIÓN ÚNICA SOBRE EL CRIMEN EN COLOMBIA.

POR JOSÉ AGUSTÍN JARAMILLO



La plata. La maldita plata. El único motor que conocen los criminales para moverse. No importa el riesgo. Por conseguir cualquier suma de dinero, así sea aparentemente insignificante para las escalas del crimen organizado, cualquiera puede matar a otro o convertirse en un miserable traidor.

Cuando Carlos Moreno tiene tiempo para dedicarle al cine, le gusta pensar en los criminales: en esos personajes que, por plata, son capaces de negar sus valores. Es la plata la que lleva, por ejemplo, a un simple lavaperros –un hombre que vive, literalmente, de bañar a estos animales– a convertirse en un criminal. “Siempre me quise imaginar cómo sería una película de Tarantino ambientada en la decadencia

colombiana”, dice este director caleño, con 51 años, tres películas dirigidas y un sinnúmero de capítulos de series –como *Narcos* y *Escobar: el patrón del mal*– que han sido transmitidas por Netflix o por diferentes canales de televisión en América Latina. Por eso en sus películas está el calor y el color de las calles del Valle del Cauca, pero también, y en medio de todo eso, la violencia.

–¿Y qué piensa de los que dicen que Colombia no necesita más películas sobre violencia o narcotráfico?

–La verdad, no me importa –dice Moreno–. La violencia hace parte de nosotros y para mí, hablar sobre ella es casi una postura política. ¿Acaso quieren no hablar sobre ella en un país lleno de corrupción y de drogas?

Moreno está en una casa vieja del barrio La Merced, de Bogotá, donde funcionan varias salas de cine independiente. Natalia Hoyos, la fotógrafa, le hace un comentario sobre su camiseta y él responde tranquilo: “Es rojo revolución”. Entonces se sienta y se pone a hablar de que las primeras veces

FOTOGRAFÍA: NATALIA HOYOS



que Carlos Moreno se acercó al cine fue para hacer unos cortos documentales con sus compañeros de la Universidad del Valle. Él, un amante de la música, había salido del conservatorio y persiguiendo la literatura terminó estudiando comunicación social. Si cogió las cámaras, fue porque en ese momento estaba teniendo un *boom* la producción de videos en su universidad, que seguía la escuela de *Rostros y rastros*, un programa que se transmitía por Telepacífico. Junto con Jorge Navas –el director de *Somos calentura y La sangre y la lluvia*– hizo documentales como *Cali rock*, donde exploraron la movida de grupos *underground* de la ciudad. Después, haciendo videoclips para esos mismos grupos –y después para Superlitio, La Pestilencia y Sidestepper– aprendió que en el montaje estaba la magia del cine. Y siguió, inconscientemente, combinando el cine con la música.

En *Perro come perro*, su primera película, la canción de Superlitio toma una dimensión especial en una historia de bandidos que buscan una plata perdida (y que uno de ellos está intentando robarse). En esa ocasión, trabajó con los actores Marlon Moreno, Óscar Borda y Blas Jaramillo. “Ellos fueron muy pacientes porque yo tenía una idea en la cabeza y hacíamos muchísimos ensayos hasta que todo salía”, dice. “Nunca les dejo ver a ellos cómo van quedando las escenas. Eso es un pacto de confianza que siempre hago con los actores, antes de empezar a rodar”.

En su nueva película, la música también impacta: Kobe Yesscas trabajaba en la logística de la película y poco a poco fue haciendo una letra que captaba el espíritu de la historia que Moreno tenía en la cabeza. Después, en el estudio del productor MP Cruz, esas rimas se convirtieron en *Quiero dinero*, la canción principal de la banda sonora de *Lavaperros*. El tráiler es contundente: un rap seco que muestra a una banda de traquetos de poca monta andando por las calles de Tuluá, una ciudad que Moreno siempre había querido incluir en su trabajo. “Es una ciudad especial, porque está toda la vida del campo, pero también todos los problemas de una ciudad colombiana”, dice.

En medio de los tiempos de pandemia, es difícil encontrar espacio para el cine. *Lavaperros* iba a ser estrenada durante el Ficci, en Cartagena, y luego en cines de todo el país a finales de abril, pero los planes se trastocaron. Por ahora, como a todos, al cine también le toca esperar. ■

SOLIDARIDAD

CON LOS RESTAURANTES

ESTA COLUMNA SIEMPRE HA RECOMENDADO UN RESTAURANTE. ESTA VEZ, LES EXPRESA TODO EL APOYO.

POR MAURICIO SILVA GUZMÁN



En estos días leí el testimonio de un dueño de varios restaurantes en Bogotá, que emplea a 280 personas, y que publicó en sus redes lo siguiente: "Entre quebrarme o salvar la vida de mis empleados, la mía y la de mis clientes, escojo quebrarme. Con salud y ganas reconstruiremos lo que sea. Nadie quiere perder un hijo (a), un hermano (a), un papá, una mamá".

Me conmovió porque, entre muchos otros sectores que ya se ven –y se van a ver– hondamente afectados con esta crisis, el de la restauración (restaurantes y bares) pasa –y va a pasar– por una de sus peores épocas.

Por cuenta de la ausencia de clientes y por una obvia, y hasta ahora casi obligatoria, prevención sanitaria, la gran mayoría de locales ya cerraron y eso significa una cadena de calamidades.

Los primeros afectados son los grandes y pequeños proveedores, que tendrán que ingenierse las para poder ubicar los alimentos, ya sea en las grandes superficies o en pequeños supermercados. Igual, comida es lo que ahora se necesita.

Los segundos afectados serán los meseros (as), cocineros (as), aseadores (as), porteros (as), bartenders y ayudantes de cocina, entre otros. Algunos, con suerte, recibirán sus sueldos hasta cuando la pita aguante. Eso sí, no van a recibir propinas, porque no las hay, y ese resulta ser un buen porcentaje de sus ingresos. Otros, con menor suerte, perderán sus trabajos.

Los terceros y más afectados serán los propietarios de los restaurantes quienes, con los cierres indefinidos, tendrán que seguir pagando nóminas, insisto, hasta que la pita aguante. Mientras tanto, tendrán que pagar los arriendos de sus locales. ¿Pero cómo lo harán si este es un negocio que depende estrictamente del flujo de caja? El problema es que, cuando a ellos se les acaben los ahorros de esa caja, buscarán préstamos y, luego, acudirán a sus patrimonios.

Así las cosas, el panorama, como el de tantos otros sectores, es complicado. Desde ya el gremio está pidiendo ayudas estatales –y bancarias, sobre todo bancarias– para no cerrar del todo.

Mientras tanto, algunos intentarán sobrevivir con los domicilios. Sin embargo, según la experiencia europea, tarde o temprano los prohibirán. De ahí en adelante, será muy complicado recuperar la clientela, que depende de la recuperación económica (porque ir a un restaurante en este país es un lujo) y de la confianza.

Con todo, es importantísimo que los arrendadores se pongan la mano en el corazón, que la hacienda les corra unos meses la obligación tributaria y que los bancos les presten con créditos muy blandos. De otra manera, muy pocos sobrevivirán.

Esta columna siempre recomienda dónde comer, y es por eso que hoy les expreso toda mi solidaridad a los restauranteros y a toda esa gente que nos ha hecho felices cuando nos comemos un plato rico y bien servido.

De esta nos levantamos todos. Pero tenemos que hacernos pasito. ■

ILUSTRACIÓN: JIM HEIMANN COLLECTION/ GETTY IMAGES

FLAVIA
DOS SANTOS

ANDRÉS
LÓPEZ

ESTA PAREJA SE TOMA **CARACOL RADIO**

PARA HABLAR DE TEMAS
NO TAN SANTOS



10AM
HOY POR HOY

LUNES A VIERNES
10 AM A 12 M

BOGOTÁ 100.9 FM - 810 AM / MEDELLÍN 90.3 FM - 750 AM / CALI 90.5 FM - 820 AM / BARRANQUILLA 90.1 FM - 1100 AM / BUCARAMANGA 99.2 FM - 880 AM / CÚCUTA 1090 AM / IBAGUÉ 1260 AM / MANIZALES 1180 AM
NEIVA 105.1 FM - 1010 AM / PEREIRA 950 AM / ARMENIA 1150 AM / CARTAGENA 1170 AM / PASTO 1280 AM / POPAYÁN 1330 AM / TUNJA 1120 AM / MONTERÍA 1310 AM / SOGAMOSO 107.3 FM / VILLAVICENCIO 1140 AM
ARAUCA 1050 AM / SAN ANDRÉS 1260 AM / SANTA MARTA 890 AM / BARRANCABERMEJA 1540 AM / BUENAVENTURA 1240 AM / CARTAGENA DEL CHIRÁ 94.1 FM / EL BANCO MAGDALENA 106.1 FM / FLORENCIA 970 AM
GIRARDOT 1230 AM / IPIALES 1400 AM / MAGANGUÉ 960 AM / MÁLAGA 1560 AM / MARQUITA 1300 AM / MOCOA 89.3 FM / OCAÑA 1260 AM / PLANETA RICA 1100 AM / QUIBDÓ 91.3 FM / RIOHACHA 91.7 FM
SAN JOSÉ DEL GUAVIARE 102.3 FM / SAN MARCOS SUCRE 1490 AM / SEVILLA 1530 AM / YOPAL 106.3 FM / ZIPAQUIRÁ 1600 AM / LETICIA 93.9 FM / AMALFI 1460 AM



C A R O L I N A

G A I T Á N

NO ESTABA EN NUESTROS PLANES QUE CAROLINA GAITÁN SALIERA EN ESTA EDICIÓN CON UN TAPABOCAS. TENÍAMOS LISTA NUESTRA EDICIÓN MUSICAL, PERO ELLA ACEPTÓ LA IDEA DE UNA NUEVA SESIÓN BASADA EN LA PANDEMIA Y QUE HABLARA DEL AISLAMIENTO AL QUE TODOS NOS DEBEMOS SOMETER PARA ENFRENTAR AL CORONAVIRUS. Además, nos dejó estas fotografías que son la metáfora de este momento histórico.

FOTOGRAFÍA HERNÁN PUENTES

ASISTENTE DE FOTOGRAFÍA: DAVID TRUJILLO // MAQUILLAJE Y PELO: NORMA SÁNCHEZ
// PRODUCCIÓN: ISABEL GONZÁLEZ Y LAURA MORENO









-Esto parece una película –le dijo el oficial de migración a Carolina Gaitán.

Ella miró a su alrededor. La sala de inmigración del aeropuerto de Los Ángeles, el tercero más congestionado del mundo, estaba totalmente vacía. Carolina suele viajar constantemente entre Bogotá y Los Ángeles, donde vive, y esta era la primera vez que no tenía que hacer fila para llegar a la revisión de su pasaporte. Pero no había ninguna razón para alegrarse. El ambiente de ese día era desolador: una buena cantidad de vuelos habían sido cancelados y el enorme aeropuerto era, prácticamente, una ciudad fantasma.

Era la tarde del 15 de marzo. Había 3.000 casos confirmados del virus SARS-CoV-2 en Estados Unidos y 34 en Colombia.

La mañana anterior, Carolina había llegado a las 6 de la mañana al estudio de fotografía de Hernán Puentes. Estaba en Colombia para lanzar su nuevo *single*, *El primer beso*, y el plan original era hacer fotos para la edición musical de DONJUAN. Todo estaba listo: bandanas, chaquetas de cuero, accesorios negros. Pero era imposible ignorar lo que estaba sucediendo: las fotos de las ciudades europeas vacías, los mensajes de las autoridades de salud pidiendo evitar el contacto físico; los números de la pandemia eran alarmantes. El entorno era el mismo. El miedo empezaba a sentirse. Las precauciones eran evidentes. Isabel Cristina González, nuestra incansable productora, repartía tapabocas entre todo el equipo de trabajo; seguía el protocolo que había empezado a circular en Colombia para sitios cerrados y con varias personas. La gente, apenas llegaba, iba al baño a lavarse las manos. La realidad había hecho que –también– tuviéramos una propuesta que solo la tarde anterior habíamos discutido: ¿Por qué no hacer unas fotos alusivas a la pandemia? Hicimos una ma-

queta y el equipo, con Isabel a la cabeza, logró tener en tiempo récord la preproducción a las 8 de la noche del viernes. A las 6 de la mañana del día siguiente, en el estudio de Hernán Puentes, estaban todos los elementos listos para el plan B. Todo dependía de Carolina.

–Esto nos está tocando a todos –dijo ella-. ¡De una!

Unos minutos después, Carolina estaba con un aséptico biquini blanco frente a una cortina de plástico y un fondo azul. Hernán Puentes, detrás de su cámara, pedía acomodar las luces para convertir los reflejos de la cortina en una metáfora del aislamiento y le pedía a Carolina que se arrodillara, que se acomodara los guantes o el tapabocas. Cuando terminó la sesión, alguien compartió un dato: habían encontrado seis casos nuevos del virus en Colombia.

Me contó que la música siempre ha sido su refugio y que cuando fue a Cuba para investigar el personaje de Lola Calvo ‘La Lupe’ –el papel que interpretó en *Celia*–, quedó prendida de los ritmos latinos y con la historia de todas las mujeres que cantan: “Descubrí que todos los gestos de ‘La Lupe’, su forma de tocarse la cara mientras cantaba, venían de una desolación muy profunda. Eso mismo lo vi en Amy Winehouse y Nina Simone”. Fue de esa idea que salió *Vida*, un monólogo que desarrolló junto al escritor y director Johan Velandia y que presentó el año pasado en Bogotá. Tam-

bién habló de su nuevo *single*, *El primer beso*, que hará parte de un disco que espera lanzar este año: “Es la primera canción con la que me animo a cantar algo que no compuse”, dice. “Salió de una reunión creativa en el estudio de Tomás Zuluaga, en la que estuve trabajando con Sebastián Ceballos y Andrés García, los músicos que tenían esa canción”. En ese momento había 13 casos confirmados en el país y una calma tensa; luego todo se desbordó. Tres días después la llamé a Los Ángeles, la ciudad más grande de California, que, como el resto del mundo, estaba funcionando a media marcha.

–Es impresionante. Si algo me gusta de esta ciudad es que tiene una vida cultural superintensa, pero todos los sitios de conciertos cerraron. El Ace Theatre, donde justo antes de ir a Colombia vi a Michael Kiwanuka y a James Blake; el Troubadour, el bar insignia del rock donde vi a Fink, y The Forum, donde vi a Bon Iver y a Dead & Company. Todos están anunciando que los shows están aplazados o cancelados.

–¿Y usted? ¿Ha tenido que cancelar algún evento?

–Yo alcancé a hacer mis conciertos en Colombia antes de que declararan la emergencia, pero con tantos cambios es imposible no sentir ansiedad.

Los Premios India Catalina, a los que estaba nominada como mejor actriz –por el papel de Manuelita Sáenz que interpretó en la serie sobre el general José María Córdova–, quedaron aplazados, y aunque no ha comenzado la temporada de *Vida*, su obra teatral, el efecto dominó de las funciones canceladas podría hacer que llegara su turno.

–Todo esto parece muy darwiniano. ¿No? –dice Carolina–. Parece una oportunidad para aprender a adaptarse.















Usted viajó de Bogotá a Los Ángeles en plena crisis por el coronavirus. ¿Qué fue lo más impactante?

Al llegar acá a Los Ángeles lo más chocante fue la soledad del aeropuerto: el vuelo estaba superdesocupado y el aeropuerto estaba vacío. ¡Eran las seis de la tarde y asustaban! No había nadie y los pocos que había, todos con máscaras. Yo me sentía como si estuviera en *Contagio* [la película]. Y ahora no sé qué hacer, porque en abril tengo unos compromisos en Colombia y si quiero cumplirlos debería devolverme ya para pasar el periodo de aislamiento. La verdad, me siento en un *lost in translation*.

¿Por qué decidió devolverse?

Por mi esposo, Nico. En momentos así uno siente la necesidad de estar con la gente que uno quiere. Mis papás están juntos, tienen a mi familia, pero él estaba acá solo, en Los Ángeles. Los dos estamos trabajando desde la casa y sentimos la tensión de toda la situación.

Hoy [16 de marzo], ¿cómo se sienten las calles allá?

No hay restricciones para salir, como en Europa. Cualquiera puede salir. Pero solo los supermercados están abiertos; de resto, nada. De hecho, yo me devolví también porque esta semana tenía un taller para estudiar una técnica de actuación, que es la técnica de Meisner, y tenía que terminar mi workshop. Pero ahora todo lo puedo hacer por internet.

¿Y qué es esa técnica?

Yo hace años estudié actuación en Nueva York en el Lee Strasberg Theatre and Film Institute, con un método que se llama The Method. Es una técnica que trata la memoria emotiva; es decir, todo lo que le aportas al personaje que estás trabajando lo haces con base en vivencias que tú has tenido. En cambio, la técnica que estoy estudiando ahora, la de Meisner, es

una que le da, primero, mucho más poder a la imaginación y enseña cómo ser veraz, así uno no haya tenido esas vivencias; y, segundo, se enfoca en tu compañero de actuación: todo lo que te da tu *partner* es lo que tú tienes para responderle.

Viviendo a la crisis sanitaria, todo ha cambiado muy rápidamente. ¿Cómo cambió su actitud?

Yo, en Colombia estaba con el lema de no caer en el pánico, de mantener la normalidad. Pero, poco a poco, cuando uno escuchaba a gente conocida en Europa fue imposible no sentir que la epidemia es real y es grave. Eso genera ansiedad porque nunca habíamos experimentado algo así. Al menos yo, los colombianos de mi generación, no lo hemos sentido. Todo es nuevo.

Se habla del aislamiento como una forma de reducir el contagio. ¿Cómo se alista para esa etapa?

Nosotros tratamos de tener un mercado suficiente como para no tener la necesidad de salir de la casa. Se trata de pensar en uno mismo: como yo soy *pescetarian* y solo como pescado, siempre intento tener una buena cantidad de langostinos congelados. También mucha leche de almendra... Esa es mi munición, en general. También verduras que se puedan congelar. Lo

que sí me pareció es que acá los estadounidenses se pusieron locos en el mercado comprando hasta lo que no necesitan; no se trata de eso tampoco.

Alistarse, pero con un sentido de responsabilidad.

Sí. Y eso también está en la actitud, porque hay que tener conciencia. Los colombianos somos supercálidos, nos encanta abrazarnos y saludarnos de beso. A mí me gusta ser así, pero empecé a proponerme, si veo a algún conocido, saludarlo de lejos. Y hubo una cosa que me pasó en el avión y que me dejó pensando: decirles a las otras personas lo que a uno le molesta no significa ser grosero. Es decir, si el señor de al lado se queda dormido y de repente empieza a toser hacia uno, uno puede hacerle saber, de forma respetuosa, que no lo haga. Lo otro que pienso es que hay que hacer caso a lo que dicen las autoridades: si vuelvo a Colombia, hay que aislarse de forma responsable y así cueste un montón, no voy a ver a mis padres: no quiero afectar a las personas que quiero.

¿Ha tenido otras enfermedades virales?

Solo he tenido paperas. Cuando tuve, mi esposo dormía a mi lado. Y no nos importó porque decidimos aislarnos juntos. Pero para este caso, si debo aislarme en Colombia, así me sienta divinamente, ver a mis papás o a los amigos sí sería una irresponsabilidad. No solo con ellos, sino con el resto de la gente. Si uno quiere estar cerca de alguien, toca por teléfono, como si estuviera en otro país... Es duro, pero es mejor.

¿Qué vamos a aprender de todo esto?

Primero, a adaptarnos. Y segundo, que todos estamos igual de expuestos e igual de vulnerables, como humanos. Esta experiencia nos permite darnos cuenta de que somos absolutamente iguales. ■



FOTO: FATEMEH BAHRAMI/ANADOLU AGENCY VIA GETTY IMAGES

TEHERÁN:

EL VIRUS EN UN PAÍS EN CRISIS

EL CORONAVIRUS LLEGÓ A IRÁN EN EL PEOR MOMENTO PARA EL PAÍS EN LOS ÚLTIMOS 30 AÑOS: LAS SANCIONES ECONÓMICAS QUE LE IMPUSO ESTADOS UNIDOS, UNA GUERRA FRONTAL QUE ESTUVO A PUNTO DE EXPLOTAR HACE UNOS MESES Y UN GOBIERNO SUMIDO EN LA PEOR CRISIS DESDE QUE COMENZÓ LA REPÚBLICA ISLÁMICA, HICIERON QUE LA EPIDEMIA FUERA MUCHO MÁS AGRESIVA QUE EN OTROS LUGARES. EN EL MOMENTO DE CIERRE DE ESTA EDICIÓN, HAY 18.000 INFECTADOS Y CASI 1.200 MUERTES. Y A PESAR DE LA GRAVEDAD DE LA SITUACIÓN, EL PAÍS SIGUE VOLCADO A LAS CALLES.

POR CATALINA GÓMEZ ÁNGEL
FOTOGRAFÍA KAVEH KAZEMI

Tantas cosas han pasado en los últimos meses en Irán, que a un gran sector de los iraníes les ha costado creer que algo peor, y producido por un virus, pueda matarlos. A otros les ha costado –al menos así fue en un primer momento– creer que el Gobierno les decía la verdad. Las declaraciones que daban los líderes, en las que trataban de minimizar el impacto al mandar un mensaje de que todo iba a estar bien, y la incapacidad para cerrar los lugares de peregrinación religiosos, se contradecían con las alertas que advertían sobre el alcance del virus. Y la rapidez con la que se expandía. Algunos más se alarmaron y buscaron refugio en las costas del mar Caspio, lo que terminó por crear una crisis aún mayor en el norte del país, donde rápidamente la situación se hizo crítica. Otros se encerraron en sus casas y otros más –muchísimos– siguieron con su vida normal.

Golnar Teheraní es una de ellos. Vende tapabocas en el gran bazar de Teherán donde, si bien la afluencia no es igual que en otras épocas, no ha dejado de circular gente. Cientos de personas entre compradores, vendedores, taxistas se abren paso en sus calles y corredores abovedados donde no hay manera de escapar del contacto físico. No importa que lleven tapabocas o guantes, la cercanía es extremadamente angustiante. “Hoy iba a trabajar y desafortunadamente vi los

centros comerciales de ciertas áreas –aquellas donde viven las clases menos privilegiadas– llenos de compradores, el tráfico está igual que siempre... ¿Cómo es posible en la tierra que esta nación gloriosa esté ignorando las alertas y llamados del personal médico mientras que las calles de otros países están cien por cien vacías y la gente ha decidido aislarse?”, se preguntaba con angustia en la televisión pública el ministro de Salud, Saeed Namaki, el jueves 12 de marzo, cuando el número de muertos ascendía a 429. Una semana después, había más de 17.000 contagiados y 1.100 personas fallecidas, pero la presencia de gente en algunos sectores de la ciudad, incluido el bazar, era mayor: las escenas de calles congestionadas contrastaban con los videos distribuidos en redes sociales donde los médicos y enfermeras intentaban subirse el ánimo bailando en los hospitales a pesar de que con los días se conocía que muchos de ellos habían muerto por contagio. Uno de los videos que más conmoción causaron fue el de una morgue donde se veían muchos cuerpos envueltos

LA ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD, QUE HA RECONOCIDO EL GRAN ESFUERZO DE LOS SERVICIOS MÉDICOS IRANÍES, CREE QUE LOS CASOS EN IRÁN PUEDEN SER CINCO VECES MAYORES A LOS QUE SE CONOCEN.

en bolsas negras y que, según el autor, eran víctimas del virus. Un día más tarde se supo que el autor había sido detenido, como lo han sido muchos de los que se han atrevido a cuestionar las cifras oficiales.

El Gobierno, después de informaciones confusas en las que desde las Fuerzas Militares aseguraron que los almacenes se cerrarían y las calles quedarián vacías, ratificó que bajo ningún motivo declararía cuarentena. Lo mismo hizo el Gobierno de Teherán, la capital, donde se dan el mayor número de casos, que aseguró que no podía dar apoyo a una ciudad completamente inmovilizada. Eso sí, le decían a la gente que no tenían por qué estar en la calle, que se quedaran en casa. ¿Pero cómo se puede esperar que una población que pasa por una de las mayores crisis económicas de su historia, y que cada día se siente más empobrecida, se dé el lujo de encerrarse?

Tal como sucedió en China, la expansión del coronavirus coincidió con las cercanías del año nuevo persa, o Noruz, que coincide con el equinoccio de primavera, que este año bisiete cayó el 20 de marzo. Esta es la época del año para dar regalos, renovar el armario y redecorar la casa. Pero también es la época en la que los comerciantes, emprendedores y empresarios tienen sus esperanzas. “No me puedo quedar en casa. Tengo que sostener a mis hijos, pues lo que se gana mi esposo no es suficiente”, dijo días antes del Noruz esta joven de 32 años que vende tapabocas confeccionados por una empresa local que usa un material similar al neopreno. A su alrededor, decenas de hombres y mujeres, como ella, utilizan decenas de triquiñuelas, especialmente los gritos y hasta los alardos, para ofrecer sus productos. Esta época era la esperanza de muchos para salvar un año que fue el más malo –y no solo a nivel económico– que se

recuerde en el país desde el fin de los ocho años de guerra contra Iraq, en 1988. Además, los iraníes tenían mucha ilusión por las vacaciones en las que, así hubiera poco dinero, iban a tomar sus carros e irse de viaje por el país. Miles de hoteles, hostales, casas particulares, restaurantes y tiendas viven de lo que recaudan en estas dos semanas de Noruz. Otra tristeza más que se une a decenas vividas este año.

En los últimos 12 meses, los iraníes han sido testigos de las inundaciones más fuertes de las últimas décadas: la “guerra económica” impulsada por Estados Unidos al imponer nuevas sanciones y prohibir al mundo la compra del petróleo iraní, los ataques sospechosos a embarcaciones petroleras en el golfo Pérsico y el derribo de un dron estadounidense que habría entrado a territorio iraní y que tuvo a Donald Trump a pocos segundos de iniciar una guerra; las protestas en más de 100 poblaciones desatadas por el incremento repentino del precio de la gasolina, que terminaron con la quema de decenas de bancos y gasolineras, pero también con la muerte de al menos 304 personas, según Amnistía Internacional –porque el Gobierno se niega a dar cifras–; el asesinato del general Qasem Soleimani y, cuando ya se creía que no podía haber algo peor, el derribo de un avión con 176 pasajeros, de los cuales la mayoría eran jóvenes de clase media iraníes o de origen iraní, cuyo único pecado era haber salido del país a buscar un futuro decente. Más doloroso que el “error humano”, como aseguraron en su momento los Guardianes Revolucionarios que estaban a cargo de los misiles que impactaron la aeronave, fue la actitud del sistema, que durante tres días negó rotundamente alguna responsabilidad en el accidente.

La credibilidad del régimen, pero sobre todo del Gobierno, se derrumbó, si es que para entonces le quedaba algún excedente. Esto quedó demostrado en las elecciones parlamentarias del 21 de febrero, que se dieron cuando se anunciaron los dos primeros casos de muerte



FOTO: FATEMEH BAHRAMI/ANADOLU AGENCY VIA GETTY IMAGES

LOS MERCADOS han permanecido abiertos a pesar de la crisis. Abajo, un bombero desinfecta el tradicional Tajrish Bazaar.



VENDEDORES de flores y tapabocas atienden durante la víspera del Noruz.

por coronavirus. La gente no votó, no por temor al fantasma de ese virus, cuya dimensión no se entendía bien para entonces, sino porque había dejado de confiar en los políticos y en un Parlamento cada vez más desprestigiado.

“¿Por quién y para qué voy a votar?”, había dicho Mehdi, que administra un pequeño supermercado al sur de Teherán, donde el día de las elecciones había una gran congestión de gente haciendo compras para Noruz. “Aquí alrededor a nadie le importan las elecciones, ¿usted entiende, no?”, añadió guiñando un ojo en un acto típico dentro de un sector de la sociedad que, como instinto de protección, prefiere no hablar. Y justo antes de terminar la conversación dijo una predicción que se cumplió al pie de la letra: “Los políticos solo se preocupan por ellos”. La participación terminó por ser de un 42 por ciento, la más baja en la historia de la República Islámica. Y, en Teherán, solo votó el 28 por ciento, una cifra sin precedentes para un sistema que considera cada elección como un plebiscito de respaldo a la Revolución.

Pero en pocas horas el fracaso de las elecciones y la victoria rotunda del sector más radical desapareció de la conversación ciudadana –y de los medios, especialmente de la televisión pública– para dar paso al coronavirus, que se extendía rápidamente. Se tomaron medidas preventivas: cerraron cines, teatros y –por primera vez en la historia de la República Islámica– las oraciones de los viernes, además de las universidades y los colegios.

Pero siempre estaba la idea de que esto iba a ser algo pasajero. Los colegios –decían– podrían reabrirse en cualquier momento.

Este sentimiento de que la crisis era pasajera fue reforzado por la actitud del Gobierno, que siempre mandó mensajes confusos. Habilitaban líneas telefónicas que daban instrucciones precisas sobre el virus y cómo proceder si se tenían los síntomas, ponían a disposición de la población una completa página de internet donde podían ser diagnosticados virtualmente, buscaban alternativas para producir localmente pruebas para detectar el virus, pues las más comunes no podían llegar al país como consecuencia de las sanciones económicas, que han tenido un altísimo impacto en la capacidad de reacción del sistema de salud. Los hospitales estaban en máxima alerta con miles de doctores y enfermeras que ponían su vida en riesgo para salvar la vida de los enfermos a pesar de no contar, en muchos casos, con los equipos de protección necesaria. Pero cada vez que intentaban explicar lo que pasaba, mandaban un mensaje contrario, al intentar restarle gravedad a la situación. Una actitud natural, valga

aclarar, en este tipo de sistemas de gobierno donde siempre se busca “mantener la calma dentro de la sociedad”.

El presidente, Hasán Rohaní, habló de cómo los casos que había en el país se recuperaban rápidamente, esto a pesar de que, con las horas, se sabía de más personas vinculadas con el Régimen que habían sido diagnosticadas con el virus: al menos 24 parlamentarios y otros tantos funcionarios, de los cuales han fallecido más de una decena. Y el líder supremo, Alí Jamenei, dirigió su atención hacia Estados Unidos y explicó cómo desde allí se había buscado expandir el virus, una idea que luego fue replicada desde otros altos cargos del Régimen, incluida la cúpula militar: “Saldremos victoriosos en la pelea en contra del virus, que podría ser el producto de una invasión biológica estadounidense, que primero atacó a China, luego a Irán y a otras partes del mundo. América [por EE. UU.] debe saber que si lo hizo, se les regresará. E incluso si no estuvo producido por ellos, el virus será detenido de todas maneras”, dijo el 5 de marzo el mayor general Hossein Salami, jefe mayor de los Guardianes Revolucionarios,



EN TEHERÁN no se ha decretado cuarentena, a pesar de que se ha pedido a la gente quedarse en casa.

la fuerza de origen paramilitar creada por el fundador de la República Islámica, el ayatolá Ruholá Jomeini, para proteger la Revolución, que, actualmente, es la fuerza más poderosa del país.

Para entonces, decenas de voces en el país pedían mayores medidas para controlar la expansión del virus, incluido el cierre de la mezquita y los mausoleos de las dos principales ciudades religiosas de Irán, Mashhad y especialmente Qom, donde surgieron los primeros casos del virus en Irán. Este enclave en medio del desierto, que queda 125 kilómetros hacia el sur de Teherán, es el centro del islam chiita en Irán –se compara con lo que podría ser el Vaticano para los católicos– y desde allí ejercen su influencia religiosa y política los ayatolás y el resto del clero. A pesar de las insistencias de muchos políticos, y del Gobierno, un sector del clero y del sistema se opuso rotundamente a poner en cuarentena la ciudad y, menos aún, a cerrar los monumentos. “Fue difícil, claro, cerrar las mezquitas y lugares sagrados, pero lo hicimos; era un deber religioso”, aseguró Rohaní en una reunión con su equipo de gobierno

el 18 de marzo, exactamente un mes después de que se anunciaron las dos primeras víctimas.

La disputa sobre cómo proceder con los lugares religiosos deja en evidencia cómo las diferentes visiones de sociedad, e incluso la división política dentro del sistema, ha afectado esta crisis. Nadie olvida que fue uno de los parlamentarios de esa ciudad, Ahmad Amirabadi Farahani, quien tuvo la valentía de pararse frente al Parlamento –antes de que se cerrara por el virus– para advertir que solo en Qom se habían dado 50 muertos por el virus en las dos últimas semanas. Una cifra que superaba de lejos las estadísticas del Gobierno. Pero muchos lo desmintieron, entre ellos el viceministro de Salud, Iraj Harirchi, que el lunes 23 de febrero apareció en compañía del portavoz del presidente durante su rueda de prensa semanal. “Si el número –por los muertos– es al menos la mitad de los que él dice, yo renuncio”, dijo Harirchi en la rueda de prensa en la que se le vio sudar con insistencia. Días después se conoció que había dado positivo, pero afortunadamente pudo reintegrarse a su trabajo días después.

Harirchi fue uno de los privilegiados que

tuvieron acceso a la prueba, que como consecuencia de las sanciones económicas solo se les hace a unos casos muy específicos en Irán. No todos los pacientes que reciben en las clínicas pasan por este procedimiento, ni mucho menos las personas con síntomas medios, que terminan por ser tratadas en sus casas. Un ejemplo de tantos: la productora de nuestra oficina, de 35 años, se sentía muy mal y pasó por una clínica privada para que le hicieran un escáner de pulmón; mostraba que tenía problemas, pero como no era un caso tan extremo como para hacerle la prueba, la mandaron a casa. Su médico –que por esas fortunas de la vida resultó ser un experto en enfermedades virales– la controló a través del teléfono: tenía fiebre, le costaba mucho trabajo respirar y su cuerpo le dolía hasta el punto de no poder abrir un cajón, como ella lo describe. Pero nadie ha contabilizado su caso, como tampoco se contabilizan los casos de fallecidos a quienes no se les ha hecho el test.

Esto lleva a que la Organización Mundial de la Salud, que ha reconocido el gran esfuerzo de los servicios médicos iraníes, crea que los casos pueden ser cinco veces mayores a los que se conocen. La principal razón para no tener los instrumentos de medición son las sanciones económicas impuestas por Estados Unidos, que han afectado inmensamente la capacidad de Irán para acceder a las pruebas, pero también a las medicinas, tubos y máquinas respiratorias. Esto quedaba detallado en



LA PLAZOLETA VALIASR (arriba) en el centro de Teherán. Abajo, un centro de refugio para personas sin techo donde se volvió cotidiana la toma de temperatura corporal.

FOTO: FATEMEH BAHRAMI/ANADOLU AGENCY VIA GETTY IMAGES

LAS SANCIONES ECONÓMICAS IMPUESTAS POR ESTADOS UNIDOS HAN AFECTADO INMENSAMENTE LA CAPACIDAD DE IRÁN PARA ACCEDER A LAS PRUEBAS, PERO TAMBIÉN A LAS MEDICINAS, TUBOS Y MÁQUINAS RESPIRATORIAS.

una carta enviada por Irán al Fondo Monetario Internacional, en la que pedía ayuda por 5.000 millones de dólares, algo inédito para un país que desde 1960 no acudía a este organismo financiero para pedir apoyo. Probablemente ese dinero no será aprobado, pero si esta crisis tiene afectadas a las economías de las mayores potencias del mundo, ¿cómo no lo va a estar la de un país sometido a las peores sanciones que se conozcan? Son mucho más duras que las de Venezuela, por ejemplo, y el Gobierno iraní recuerda siempre que fueron impuestas por Donald Trump después de retirar a Estados Unidos del Acuerdo Nuclear firmado con las grandes potencias en el 2015 y en el que, según la Organización de Energía Atómica el Gobierno de Teherán, se venía cumpliendo con lo acordado.

En los últimos días, Irán ha lanzado una campaña para que otros países presionen a Estados Unidos para levantar las sanciones económicas. Las medicinas no están sancionadas, pero sí las transacciones financieras a través de las que se compran, lo que hace extremadamente difícil su importación. Washington ha dicho que se puede utilizar un canal comercial puesto en marcha por Suiza para comprar productos como medicinas, pero Irán no lo acepta hasta que no se levanten otras sanciones, y lleva a cabo una campaña para que otros países, conscientes de la catástrofe que se puede desatar en Irán si el virus no logra controlarse a tiempo, hagan presión. No es una situación menor: un estudio hecho por la Universidad Sharif de Teherán –llamada el MIT de Irán–, en la que un programa especial marca la tendencia de lo que podrían ser las consecuencias del virus en Irán, asegura que si la gente sigue movilizándose y la situación médica continúa como está, como consecuencia de las sanciones, podrían llegar a darse 3,5 millones de muertos en los próximos meses. Si cambia esta dinámica, la cifra podría detenerse en 120.000 muertos, un número que sigue siendo extremadamente alto.

“¿Vio los videos?”, preguntaba en un mensaje Shagayieh, la productora enferma con el virus, un día antes del año nuevo.

Se refería a imágenes de decenas de personas en las vías a las afueras de Teherán que iban rumbo a otras regiones del país. Entre los argumentos que daban a un periodista de la televisión local que los entrevistaba, estaban: “Voy a visitar a mi mamá que está enferma”, “No he ido a mi pueblo desde hace un año” y “Esperemos que Dios nos proteja y nada nos pase”.

“Lloré al ver esos videos. No puedo creer que no entiendan lo grave que es esto”, escribió Shagayieh, que para entonces llevaba diez días encerrada en su apartamento sin poder ver a nadie. La comida, libros y demás se los dejan al otro lado de la puerta. “Es difícil, me siento mal, la gente tiene que quedarse en su casa”. Eso es lo que ha repetido muchas veces durante estos días, en los que su mayor preocupación ha sido su madre, enferma de los pulmones, y mi suegra, que tiene 90 años. Teme que vaya a contagiarse con este virus que a ella la ha hecho pasar uno de los peores momentos de su vida.

Pero como para los iraníes la vida ha sido tan dura en los últimos años, muchos piensan que es imposible que pueda ser aún peor. Y, más aún, no todos tienen la conciencia de que el coronavirus sea tan grave, a pesar de los anuncios de advertencia y de que todos los días circulan en la red imágenes de médicos, de todas las edades, que han muerto por ayudar.

Lo mismo sucede con las secuelas de personas que se desmayan en la calle como consecuencia del virus. Hay decenas de ellas. Pensé que podía ser un montaje de los iraníes opositores en el extranjero, que en muchas ocasiones buscan crear pánico dentro del país. Pero en la última visita al bazar antes de Noruz vi a una mujer tirada en el piso que le costaba respirar. Nadie se le acercaba y los policías, desde la distancia, llamaban una ambulancia. Solo una joven con máscara y guantes se atrevió a acercársele para tratar de calmarla.

“Corona, corona”, murmuraban los transeúntes mientras continuaban su camino. ■



FOTO: ANTONIO MASILO/GETTY IMAGES

EL FORO ROMANO el 10 de marzo de 2020, cuando se empezaron a implementar las medidas de aislamiento.

ITALIA:

TRAGEDIA EN SEIS ACTOS

EN MENOS DE UN MES, UNO DE LOS PAÍSES MÁS ALEGRES DE EUROPA SE CONVIRTIÓ EN UN DESIERTO. LA EPIDEMIA DEL CORONAVIRUS SE EXTENDIÓ A UN RITMO FRENÉTICO Y PRODUJO UNA CANTIDAD DE MUERTES QUE –AL MOMENTO DEL CIERRE DE ESTA REVISIÓN– SE ACERCA A LAS 3.500. ¿CÓMO SE CONVIRTIÓ ITALIA EN UNA SOCIEDAD AISLADA QUE SE ENCUENTRA CANTANDO DESDE LOS BALCONES?

POR MARTA ORRANTIA

EL GÉNESIS

Mattia entró al hospital de Codogno, una pequeña ciudad situada a una hora al sur de Milán, el martes 18 de febrero. A pesar de ser atleta, sentía que le faltaba el aire y que sus pulmones no funcionaban con normalidad. Los médicos le hicieron una terapia respiratoria y lo enviaron de vuelta a casa.

Pocas horas después, su situación empeoró. En la mañana del 20 de febrero regresó al hospital, donde su caso fue catalogado como grave. Para ese momento, Mattia, un gerente de Unilever de 38 años, se debatía entre la vida y la muerte. “Cuando un enfermo no responde a los tratamientos normales, debemos pensar lo peor”, dijo Annalisa Malara, la doctora que lo trató.

Lo peor, para Malara, era una epidemia venida de China llamada COVID-19. Hasta ese momento era un mal lejano, que había obligado a los chinos a construir hospitales donde pudieran albergar a los pacientes contagiados. Europa, como el resto del mundo, consideraba al coronavirus como una gripe fuerte, que afectaba más que nada a los ancianos y a las personas con sistema inmunitario débil. Mattia no estaba entre la población de riesgo, pero la doctora sabía que había que explorar todas las posibilidades.

Malara citó entonces a la esposa de Mattia, que tenía ocho meses de embarazo. Ella le explicó que a fines de enero habían estado en una cena con amigos, uno de los cuales había regresado de China hacía poco. La doctora hizo la prueba y Mattia dio positivo para coronavirus. Era el paciente 1, el primero infectado en territorio italiano.

Había comenzado el infierno.

EL CONTAGIO

Lo primero que hacen los científicos en casos de epidemia es buscar al paciente cero. Han hecho esto con enfermedades como el ébola, con resultados sorprendentes. Si logran establecer la cadena de contagio es más fácil entonces detenerlo aislando al portador, estudiándolo y, con suerte, evitando que infecte a alguien más.

Pero siempre es una batalla contra el tiempo y, en este caso específico, por su altísimo nivel de contagio, era aún más apremiante.

El equipo de expertos (que incluía físicos y matemáticos además de epidemiólogos), comenzó por lo obvio. El paciente cero debía ser, creyeron, aquel amigo de Mattia que venía de China, pero le hicieron la prueba y dio negativo. Nunca había tenido coronavirus.

Las autoridades quedaron confundidas y preocupadas. Italia y China han tenido nexos comerciales importantes desde épocas de Marco Polo, pero además millones de turistas chinos llegan a Italia de visita y, aunque habían disminuido las excursiones multitudinarias, aún había varios rezagados.

Sus peores sospechas quedaron confirmadas tan solo un día después, cuando murió, en la ciudad de Padua (región del Véneto) un hombre de 78 años. Adriano Trevisan fue víctima

de una insuficiencia respiratoria causada por el coronavirus, pero no había conocido a Mattia, ni había visitado la región de Lombardía, donde había ocurrido el primer brote.

Había, entonces, más de un paciente cero, tal vez muchos, y sería imposible encontrarlos.

Las malas noticias no paraban de llegar. Casi en simultánea a la muerte de Padua ocurrió otra en Casalpusterlengo. Se trataba de una mujer de 77 años, la madre de un amigo de Mattia, que casualmente había visitado el hospital de Codogno al tiempo que este. Solo entonces se dieron cuenta de que habían cometido un error enorme: ni Mattia ni los hasta ahora infectados habían sido aislados. Además de la esposa de Mattia y de los médicos tratantes, los pacientes del hospital y el personal de servicio había sido expuesto.

Para el 22 de febrero ya había 79 casos activos en Italia, todos en el norte. En Roma nadie había empezado siquiera a preocuparse.

LA PANDEMIA

Pocas cosas se saben con certeza del coronavirus. La mayoría son especulaciones, falsas noticias, rumores que circulan de boca en boca. Se dice que los murciélagos y los pangolines (una especie de armadillos), ambos populares en las mesas de Wuhan, son portadores. Se dice que China calló mucho tiempo hasta que el virus se les salió de las manos. Se dice también que es una enfermedad estacional y se espera que, como la influenza, se ralentice en el verano. Muchos afirman que quienes ya lo tuvieron pueden desarrollar una especie de inmunidad, así sea temporal, pero no está probado. Y los expertos esperan que la tasa de muertes en gente menor de cincuenta sea mínima y que el 80 por ciento de los casos, si no más, sean leves, que ha sido la tendencia hasta ahora, pero las excepciones son muchas.

Lo que sí se sabe de la pandemia es que crece exponencialmente y que es muy dura con la población de la tercera edad. Italia, como casi toda Europa, tiene una población vieja. La media es de 44,3 años, lo que contrasta con sociedades como la colombiana donde, según

el último censo, es de 31 años. En lo que sí se parece a Colombia es en la composición de la sociedad.

Las costumbres son latinas, en todo el sentido de la palabra. Para muchos italianos, el almuerzo del domingo en familia es una tradición inquebrantable. Abuelos, padres, hijos y nietos se juntan a comer la pasta de la *nonna*, y las estructuras familiares son fuertes e incluyen familias extendidas y reuniones multitudinarias. A diferencia de la mayoría de los europeos, los italianos también tienen una estrecha red de vecinos, y aún se conserva en casi todo el país la vida barrial que replicamos en nuestro continente. Es común ver a los italianos reunidos, tomando café o vino, discutiendo de política y fútbol, abrazándose, dándose sonros besos (incluso entre hombres) y en general prodigando muestras físicas de cariño. Tal vez por esto el virus se propagó con rapidez.

En tan solo dos semanas, la irrisoria cifra de 79 casos se había convertido en más de siete mil, la mayoría de ellos todavía en el norte. Hasta ese momento, el resto de los italianos veía con suspicacia lo que ocurría en esa parte del país, y aunque se empezaba a hablar de ello, todavía a Roma la preocupaba más el clima que el virus.

Italia es, en realidad, un país nuevo. Fue unificado en 1870, y antes de eso era una serie de regiones que se disputaban, alternativamente, los franceses, los austriacos, los españoles y, por supuesto, la poderosa Iglesia católica. Aún hoy se sienten los rezagos de esas diferencias históricas.

El norte, con Milán a la cabeza, es la mitad rica del país. Con un PIB per cápita que alcanza los 35.000 euros (frente a 18.500 en el sur), es en el norte donde se encuentran las grandes industrias. El sur, en cambio, es la Italia agrícola, pobre y marginal. “África empieza en Roma”, es un dicho común de los italianos y, aunque peyorativo, no es del todo falso. La ma-

yoría de los inmigrantes provenientes de Marruecos llega al sur y se pierde en las laberínticas calles de la capital, donde logran sobrevivir vendiendo artesanías o suvenires a los turistas.

Tal vez debido a esa línea divisoria invisible pero real, el primer ministro de Italia, Giuseppe Conte, decretó el domingo 8 de marzo la cuarentena de los 14 millones de personas que habitan las provincias del norte del país. Un día después, sin embargo, cayó en cuenta de su error: romper a Italia en dos no solucionaría nada, y los pequeños focos de epidemia en el sur quedarían desprotegidos. El 9 de marzo, un Conte arrepentido cambió entonces el decreto para incluir a toda Italia en las restricciones. Para ese momento, el país registraba más de nueve mil casos de contagio.

Italia pasó a ser una “zona roja”. Las nuevas medidas, que entraron en vigor para todo el territorio nacional, comenzaron a implementarse desde el lunes 9 de marzo. Los museos debían permanecer cerrados. Los espectáculos públicos, desde la ópera hasta el cine, pasando por el fútbol, habían sido cancelados. Las escuelas y las universidades interrumpieron clases. Los centros de enseñanza de idiomas o las escuelas de cocina, tan populares entre los turistas, también se clausuraron. Los nuevos estatutos contemplaban que los restaurantes abrieran hasta las seis de la tarde, y de ahí en adelante la ciudad quedaría en la penumbra.

El mundo también imponía sus propias restricciones. Al comienzo solo China (que ya había logrado mantener estable el número de contagiados en unos ochenta mil) les prohibió a los italianos entrar sin cuarentena al país. Luego, gradualmente, el mundo comenzó a cerrar sus puertas o a imponer cuarentenas obligatorias a quienes viajaban procedentes de Europa. Italia, por su parte, además de tomar la temperatura en los aeropuertos, hacía poco más para proteger sus fronteras.

El turismo había caído en picada mucho



FOTO: MATTEO NARDONE/PACIFIC PRESS/LIGHTROCKET VIA GETTY IMAGES



FOTO: ANTONIO MASIOLI/GETTY IMAGES



FOTO: MARCO DI LAURO/GETTY IMAGES

EL COLISEO, la Fontana di Trevi y otros sitios típicos de peregrinación turística, permanecen sin turistas.



FOTO: RICCARDO DE LUCA/ANADOLU AGENCY/VIA GETTY IMAGES



antes del anuncio de Conte. Las ciudades se veían desiertas desde fines de febrero, cuando aún había libertad de movimiento. No solo los extranjeros dejaron de ir a los restaurantes, sino que los italianos también disminuyeron la frecuencia. Era común que la gente prefiriera quedarse en casa, preocupada por el contagio, y evitara los sitios públicos. Los pocos arriesgados que aún entraban a los museos encontraban en ellos geles antibacteriales en las salas, y guardias con tapabocas y guantes custodiando las obras de arte. Los restaurantes se veían vacíos, las calles oscuras y los comercios agonizantes ofrecían rebajas monumentales y promociones de fin de temporada con la esperanza de atraer un comprador valiente o un turista perdido.

Italia estaba vacía, pero cuando Conte impuso esas primeras restricciones, supo que esto apenas comenzaba. Aún así se preparó para resistir, por lo menos hasta el 3 de abril, cuando el primer ministro había prometido que levantaría el aislamiento, pero un par de días después, hasta esa fecha lejana parecía incierta.

EL AISLAMIENTO

El 12 de marzo amaneció haciendo un día primaveral, soleado y caliente. En los cafés, los italianos se reunían a hablar de la cancelación del campeonato de fútbol, y a lamentarse de la situación económica.

No había mucho, pero por lo menos se tenían unos a otros. Las farmacias exhibían letreros donde advertían que se habían agotado las mascarillas o el gel antibacterial, pero no muchas personas parecían preocupadas por ese asunto. Seguían saliendo a la calle sin protección y el único cambio era que intentaban sentarse lejos de los desconocidos, pero cerca de los amigos.

Al atardecer, cuando los comercios cerraron sus puertas por la restricción, llegaron los resultados de enfermos. La cifra de contagiados alcanzaba las 15.000 personas. Italia se sumió en el desconcierto, y las voces de protesta obligaron al Gobierno a endurecer los decretos de aislamiento de la población.

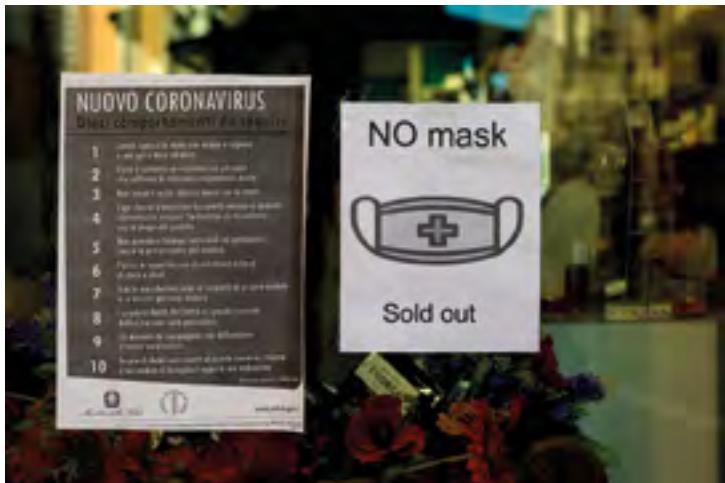
Conte volvió a dirigirse al país, esta vez para anunciar que todo estaría cerrado. Restaurantes y bares. Almacenes de cadena. Centros comerciales. Kioscos de souvenires. Aún más, dijo, no habría bodas ni funerales, ni tampoco reuniones públicas o privadas. Los amigos no volverían a verse hasta nuevo aviso, las parejas no podrían volver a caminar tomadas de la mano y la distancia reglamentaria entre una y otra persona sería de por lo menos un metro.

Estarían abiertos los establecimientos “esenciales”, dijo Conte. Las estaciones de servicio, las cigarrerías y los supermercados. Los italianos comprendieron a la perfección los dos primeros. El popular Autogrill, una estación de servicio de carretera, se encuentra siempre

atiborrado de gente, viajantes que se detienen para un café o una pasta boloñesa, dependiendo de la hora. Las cigarrerías o *tabaccaio* son indispensables para comprar billetes de lotería o de autobús, cigarrillos y revistas, además de elementos de aseo, comida chatarra y guías turísticas. Sin embargo, el hecho de que se vieran obligados a solo comprar en los supermercados fue un golpe duro en la moral de Italia, un país acostumbrado a hacer la compra diaria en las plazas, a regatear con los “fruttivendoli” (vendedores de frutas y verduras) y a tocar los ingredientes con sus manos antes de llevárselos.

Adicionalmente a eso, los supermercados solo permiten la entrada de cierto número de personas, dependiendo del área de construcción, para que no supere en ningún momento la cifra de concentración permitida de un metro de distancia entre uno y otro.

Ahí no pararon las medidas. El Gobierno publicó un certificado que los ciudadanos deben llenar antes de salir a la calle y que sirve para justificar el hecho de que estén fuera de



sus casas. Así, pueden salir a hacer la compra (necesidad), a trabajar (con permiso escrito de la compañía) o por una emergencia médica. La multa por salir a pasear, por hacer turismo o tomar el sol es de 200 euros y en un solo día, la policía ha llegado a poner hasta siete mil comparendos a peatones.

Aunque los expertos dijeron que la medida tardaría por lo menos una semana en cambiar la tendencia, el 13 de marzo comenzaron las primeras fisuras entre el gobierno central y las provincias. Las cifras siguieron aumentando y los alcaldes y gobernadores del norte, con la ayuda de Salvini (el jefe de la oposición), le pidieron a Conte que restringiera aún más el movimiento.

“¿Cómo es que las lavanderías siguen abiertas?”, se quejaba un Salvini indignado. “Estamos en guerra. Todo debe cerrarse”. Para ellos, “todo” significaba también las fábricas, que permanecen abiertas hasta el día de hoy, como una medida desesperada para proteger la economía, que va en picada.

Los obreros tampoco estaban contenidos. “No somos carne de cañón”, se quejaron en una serie de huelgas espontáneas que surgieron ese mismo día debido a las condiciones laborales a las que estaban sometidos. Exigían el cierre parcial o total de la producción metalmecánica, “por lo menos hasta que se desinfecten las áreas y se reorganicen los puestos de trabajo”, según afirmaron los presidentes de los sindicatos del área. Pero Conte no cedió.

Lo máximo que llegó a decir fue que las autoridades locales podían tomar medidas adicionales y que el gobierno central no las negaría, pero que él no asumía la responsabilidad por las consecuencias del freno en las industrias, que serían nefastas.

Para el 15 de marzo, las cifras seguían siendo alarmantes. El virus contagió a 3.500 personas más y solo en ese día hubo 175 muertos. El pánico se apoderó de Lombardía, y ni siquiera el anuncio de la llegada de nueve médicos chinos, expertos en la pandemia, logró aplacarlo. Desde los hospitales reportaron que había pocas camas libres, que los médicos estaban trabajando aún cuando ya reportaban síntomas de coronavirus, que faltaban respiradores. “Hemos llegado a un punto en el que debemos tomar decisiones de ética. Como no tenemos suficientes equipos, nos vemos obligados a decidir quién vive y quién muere. Esto es peor que en una guerra”, se quejaba un médico de la región.

EL APOCALIPSIS

La segunda semana de sitio comenzó con malas noticias. Los muertos siguieron subiendo, los alcaldes locales cerraron parques y cementerios y los expertos no ven la luz al final del túnel.

El Papa caminó por las calles desiertas de Roma para visitar el Crucifijo milagroso de la iglesia de San Marcello al Corso, que salvó a la ciudad de la peste del siglo XVI. Quería hacerle un llamado a Dios para que se acordara del país. Conte, mientras tanto, se concentró en lo terrenal. En la noche del domingo se dirigió a la ciudadanía para pedir un último esfuerzo de una semana, al final de la cual se espera que la tendencia cambie. “Esto empeorará aún más –dijo–. Esta semana será crítica, pero después podremos ver los resultados de nuestro esfuerzo”.

Si no resulta su plan, deberá ceder ante las críticas de las provincias y los opositores populistas. Aunque parezcan imposibles unas medidas más duras, necesitará reforzar el aislamiento, tal vez cerrando todas las fábricas o prohibiendo correr al aire libre, la única actividad lúdica que todavía es permitida para conservar la cordura.

Italia, entonces, aguanta la respiración. No solo para prevenir el contagio, sino porque la tensión se ha apoderado hasta de los más fuertes. El futuro del país se juega en estos días.



FOTO: RICCARDO DE LUCA/VANADOLU AGENCY/VIA GETTY IMAGES

Sin turismo, con los aeropuertos cerrados, los pequeños negocios en quiebra y los miles de comerciantes informales sin ninguna otra fuente de ingreso, el país entero se ha hundido en la desesperación y cada día que pasa las consecuencias son peores.

Adicionalmente a los problemas ya existentes aparece otra nube negra en el horizonte: la ignorancia. Algunas cadenas de supermercados en Polonia, tradicionalmente compradoras de frutas y verduras de Italia, han disminuido sus pedidos por temor al contagio. A pesar de que el coronavirus no se transmite por los vegetales, los empresarios se mostraron reacios a seguir comprando y fue gracias a la intervención diplomática de los dos países que se llegó a un acuerdo de distribución. ¿Cuántos más cancelarán pedidos de autos, de vinos, de embutidos por el mismo miedo?, se preguntan.

Aunque la Unión Europea ha manifestado que apoyará a Italia y el país ya ha aprobado el decreto "Cura Italia", un paquete de 25.000 millones de euros para comenzar la reconstrucción, falta mucho camino y el horizonte no está claro. Tampoco para el resto de los países miembros. Cada uno enfrenta sus propios problemas y las crisis que viven los han obligado, como el resto del mundo, a cerrar sus fronteras para protegerse.

No es solo la economía la que sufre, también la moral. Se sugiere caminar en silencio,

correr en silencio, hacer mercado en silencio. La comunicación debe ser mínima y distante, y son pocos los que se arriesgan a hablar para no ser víctimas del contagio. Nadie, sin embargo, tiene ganas de decir nada, mucho menos de sonreír. Las pocas personas que caminan por la calle lo hacen con el gesto adusto, con la tristeza dibujada en sus caras.

LA ESPERANZA

Salir a correr por el Lungotevere, el camino que bordea el río, es un acto de rebeldía y una prueba de valor. El Gobierno no se atrevió a prohibir eso, un último reducto de cordura para muchos, con la condición de que se haga en solitario. Aun así, no muchos salen. Supone un riesgo, y todos tenemos miedo.

Miedo de que nos multen, de enfermarnos, de vivir un periodo de escasez, de perder el trabajo o de que se acabe el mundo. Italia era un país feliz y ruidoso, y en tan solo una semana ha perdido ambas cosas, y eso también da miedo.

A pesar de que el Gobierno ha intentado ser claro en los decretos de aislamiento social, aún hay dudas. "¿Puedo comprar cigarrillos?, ¿Puedo pasear el perro?, ¿Puedo pedir un domicilio?", pregunta la gente, todavía confundida sobre lo que está permitido. La respuesta es sí a todo eso. Otras cosas, sin embargo, ya son imposibles de hacer. No hay barberías o peluquerías abiertas, pero tal vez lo más grave es que, con la clausura de todos los actos públicos, también se prohibieron los matrimonios y los entierros. La gente que muere debe ser enterrada sin ceremonia o misa, y en ocasiones ni siquiera se permite que los allegados entren al cementerio. En un país donde la cifra de fallecidos víctimas del coronavirus ya superó los dos mil, esto significa que hay muchas familias que no pueden hacer el duelo, ni abrazándose entre sí ni despidiendo a su ser querido.

Cada pequeño aspecto de la vida cotidiana que se ve alterado es como una pared más que se levanta en la cuarentena. Tal vez la más dura es el aislamiento en casa. De la noche a la mañana debemos estar encerrados, y no sa-



FOTO: ANTONIO MASIELLO/GETTY IMAGES

bemos cómo hacerlo. Italia vive en la calle. El primer café de la mañana se toma en una barra en los cientos de cafeterías a lo largo de las ciudades. El almuerzo es un *panino* que se come en los parques y las plazas, frente a las fuentes de mármol o las iglesias renacentistas. En la tarde, el ritual del aperitivo es casi obligatorio: una copa de prosecco con los amigos en las terrazas, que están abiertas hasta en los meses más duros del invierno. Y siempre, siempre, la *passeggiata* (el paseo) a cualquier parte y en cualquier hora: de compras, por las calles estrechas del *ghetto*, por la exposición de turno o por las alamedas de las Villas de los Nobles, ahora abiertas al público. El eslogan de esta crisis es “io resto a casa”, y eso es, para muchos, la prueba más dura de todas.

Pero los italianos son resilientes. No olvidan que han vivido guerras, revoluciones y pestes, y siempre han salido adelante. Las ruinas de Roma les recuerdan que han tenido un pasado glorioso y que han construido siempre sobre ello. Están orgullosos de su historia, de su lengua y de su cultura. Y muchos han tomado la

decisión de no rendirse, aun en el encierro.

Al comienzo fue una acción espontánea. Alguien emocionado abrió su ventana y puso el himno nacional a todo volumen. Eran las seis de la tarde. Los vecinos lo imitaron, abrieron ventanas y balcones, y cantaron todos juntos. Ese primer momento fue épico, pero no fue el único.

Desde ahí, a las seis de la tarde, los balcones de los barrios se abren para escuchar música. Un joven improvisa un concierto de electrónica, y en el edificio vecino una familia compuesta por padres e hijos pequeños, baila. En otro lugar de Italia un tenor canta un aria solitaria al atardecer y alguien más lo imita y pone a Pavarotti (otro orgullo italiano) entonando el aria ‘Nessun Dorma’, de la ópera de *Turandot*, que termina con la palabra “vincerò”, que significa “venceré”.

Italia ha vuelto a acercarse. Aún sin el contacto físico ha encontrado formas de romper el aislamiento y crear comunidad. Se ha terminado el silencio, y es el momento de la solidaridad. A pesar de que en las calles se siente el peso de la ausencia, a pesar de que los cen-

etros históricos, antes siempre llenos de gente, se encuentren abandonados, la acción se ha trasladado a los barrios residenciales, muchos de ellos periféricos, donde se encuentra la mayor parte del país en la tarde cotidiana de sobrevivir.

Conte ha hablado de sangre fría y calma en estos momentos, y no ha prometido un camino fácil. Pero al ver la reacción de los italianos, él mismo se ha emocionado. “Me siento orgulloso de dirigir un pueblo como este en una situación tan difícil”, dijo.

Los italianos, siempre listos para doblar las reglas, para imponer la indisciplina, han sido, en esta ocasión, ejemplares. Más aún, solidarios, generosos y patrióticos. Si el coronavirus trajo desgracias y muerte, también ha impartido enseñanzas valiosas, y una de ellas es la unidad.

Además de haber logrado una especie de esperanza colectiva, el estado de emergencia trajo otra victoria pírrica. Los italianos están convencidos de ser pioneros en el manejo de la crisis de coronavirus en el mundo occidental. Según ellos, el resto de los países tiene un subregistro de sus afectados y es por eso por lo que han sido considerados parias en el mundo entero. Ven que el virus está llegando tarde o temprano a los demás y los golpeará igual de duro, pero confían en que su ejemplo sirva para el resto. Mientras tanto, cantan para salir del aislamiento. ■



FOTO: PABLO CUADRA/GTY IMAGES

LA GRAN VÍA, en Madrid, el sábado 14 de marzo a mediodía.

MADRID:

CARTA DESDE LA CUARENTENA

UN MUERTO CADA 16 MINUTOS. ESA FUE LA FORMA MÁS SIMPLE Y CONTUNDENTE QUE ENCONTRARON EN ESPAÑA PARA DESCRIBIR LA MANERA EN QUE LA PANDEMIA DEL COVID-19 LOS ESTABA AFECTANDO ENTRE EL 18 Y EL 19 DE MARZO DE 2020, CUANDO SE CERRÓ ESTA EDICIÓN. Y LOS NÚMEROS SIGUEN SUBIENDO: LOS 20.000 CASOS CONFIRMADOS Y EL MILLAR DE MUERTES QUE SE FUERON ACUMULANDO, SOBRE TODO EN LAS ÚLTIMAS DOS SEMANAS, PUSIERON EN JAQUE AL SISTEMA HOSPITALARIO DE TODO EL PAÍS. PERO MÁS ALLÁ DE LOS NÚMEROS, ESTÁ LA ANSIEDAD DE UNA SOCIEDAD ACOSTUMBRADA A PASAR DÍAS Y NOCHES ENTERAS DE CAÑAS Y DE TAPAS, QUE PASÓ, DE UN DÍA PARA OTRO, DE BURLARSE DEL VIRUS EN LOS BARES A QUEDAR CONFINADA EN CASA BUSCANDO EXCUSAS PARA SALIR, ASÍ SEA POR UNOS MINUTOS.

POR JORGE PERIS

Nunca antes en las familias se habían producido discusiones encarnizadas por salir a hacer mercado, ir a pasear al perro o para escaparse momentáneamente, con la pijama y las zapatillas de andar por casa todavía puestas, a botar las bolsas de la basura, aunque los contenedores estén al final de la calle. Nunca se le había ocurrido a nadie pedirle prestado el perro al vecino, a un familiar cercano (o lejano) o a un amigo; o, incluso, alquilarlo (más de un caso se ha visto estos días) para tener la excusa perfecta para salir un rato, estirar las piernas y tomar el aire. En fin, nunca la luz, los rayos del sol y la sensación de libertad habían estado tan cotizados.

El COVID-19, “una simple gripe”, como decían muchos al principio, convirtió a Madrid en una ciudad fantasma. Lo hizo desde el lunes 15 de marzo, cuando el presidente del Gobierno de España, Pedro Sánchez, teniendo muy en cuenta el panorama apocalíptico que dejó el coronavirus a su paso por Italia, decretó el estado de alerta. “¿Estado de alerta? ¿Qué significa esto y cómo me va a afectar?”, se preguntó entonces la gente. En resumen: las guarderías, los colegios y las universidades suspendían sus clases con efecto inmediato, las tiendas que no fueran de alimentación, de artículos de primera necesidad o farmacias debían mantenerse cerradas; las empresas, amigas ellas normalmente de tener a todos sus empleados bien controlados en las oficinas, tenían que implantar obligatoriamente el teletrabajo, y salir a la calle quedaba estrictamente prohibido,

con contadas excepciones, como las que mencioné antes: hacer mercado o comprar medicinas, pasear al perro y, a los que les toca, ir a trabajar.

Esta es la primera vez que en la España de nuestros tiempos se vive algo así. El coronavirus ha hecho que el país de los bares y de las terrazas, de los paseos vespertinos y nocturnos, de las cañas y las tapas, de la fiesta y el solecito, haya pasado en pocas horas de rebosar vida a parecer profundamente dormido.

Reconozco que yo fui uno de esos que veían al COVID-19 como “una simple gripe”, algo pasajero que no revestía mayor importancia. “¿Que surgió dónde? ¿En Wuhan? ¿Y dónde putas queda eso? ¿Y que fue culpa de quién, un chino que comió sopa de murciélagos? Es que allá son muy raros y comen de todo; ya conoces el dicho: ‘En China se come todo lo que anda, menos las personas; todo lo que vuela, menos los aviones; todo lo que nada, menos los barcos; y todo lo que tiene patas, menos las mesas’. Pero no hay mucho de qué preocuparse: es una gripe corriente y moliente”, decíamos. El tiempo ha sido cruel conmigo y con todos aquellos que no lo tomamos en serio. Nos ha demostrado sobradamente que infravaloramos a ese hijueputa virus.

El maldito COVID-19 atacó España cuando sus defensas estaban todavía bajas. El primer paciente reconocido en mi país se reportó el pasado 1 de febrero: fue un ciudadano alemán residente en las Canarias que había estado en contacto en Baviera con un compañero de trabajo que, a su vez, había sido contagiado por una empleada que contrajo el virus en Wuhan. En otras islas españolas, las Baleares, se detectó el segundo caso apenas nueve días después, el 10 de febrero: el infectado era un ciudadano británico que se contagió en un viaje de esquí en los Alpes franceses.

Entonces el crecimiento del virus, que hasta ese momento había sido paulatino, se descontroló: para el 29 de febrero, los casos diagnosticados en España se fijaron en 50, mientras que solo tres días más tarde estos superaron ampliamente la barrera de los 100 y se estrenó el contador de fallecidos. El primero fue un hombre de 69 años que había estado recientemente en Nepal y que murió a costa de una neumonía desconocida.

El 9 de marzo, con más de 1.000 casos diagnosticados y 28 muertos, el Ministerio de Sanidad cambió drásticamente el escenario sobre el que trabajaba. Reconoció que no era capaz de controlar la epidemia en las zonas de transmisión alta y pidió incentivar el teletrabajo y evitar las reuniones. El jefe de Gobierno, Pedro Sánchez, que ya había anunciado un plan de choque contra el impacto económico del coronavirus, aprobó del 14 de marzo el estado de alarma en un país que, por esas fechas, contaba ya con más de 6.000 infectados y 193 muertos: “Las medidas que vamos a adoptar son drásticas y van a tener consecuencias”, admitió, pensando sobre todo en el parón económico. “Paremos los bulos y actuemos con responsabilidad. La emergencia pasará, volveremos a los parques, a las terrazas, y nos dispondremos a la recuperación económica y a la normalidad. Pero, hasta entonces, vayamos todos a una”.

A estas alturas, escribo recluido en mi casa. Bueno, en la casa de mis padres, un chalet adosado que tiene un jardincito, ya que mi apartamento, en pleno centro de la ciudad, no tiene mucha luz natural. El obligado aislamiento es total, y aunque las paredes empiezan a pesar, los días se hacen demasiado largos y espero como agua de mayo tomarme una caña y una tapa en el bar del barrio con mis amigos de toda la vida, sé que lo correcto es quedarse en casa. Los viajes al contenedor de la esquina a botar la basura son continuos y con poca separación temporal entre uno y otro: “Amor, voy yo”, le digo a mi esposa. “No, tranquilo, que me toca a mí”, me dice ella, y buscamos cualquier excusa para ir a la tiendita más cercana a comprar cualquier cosa. No tenemos perro, aunque ahora extraño más que nunca a ese pastor alemán que tuvimos en casa durante dos días cuando era un adolescente. Tristemente, a Teddy (acabo de pensar que le dimos un nombre muy poco original) se lo regalamos a unos amigos después de pasar un par de noches en blanco por sus lloquitos, aunque no hay ninguna duda de que ahora el bueno de

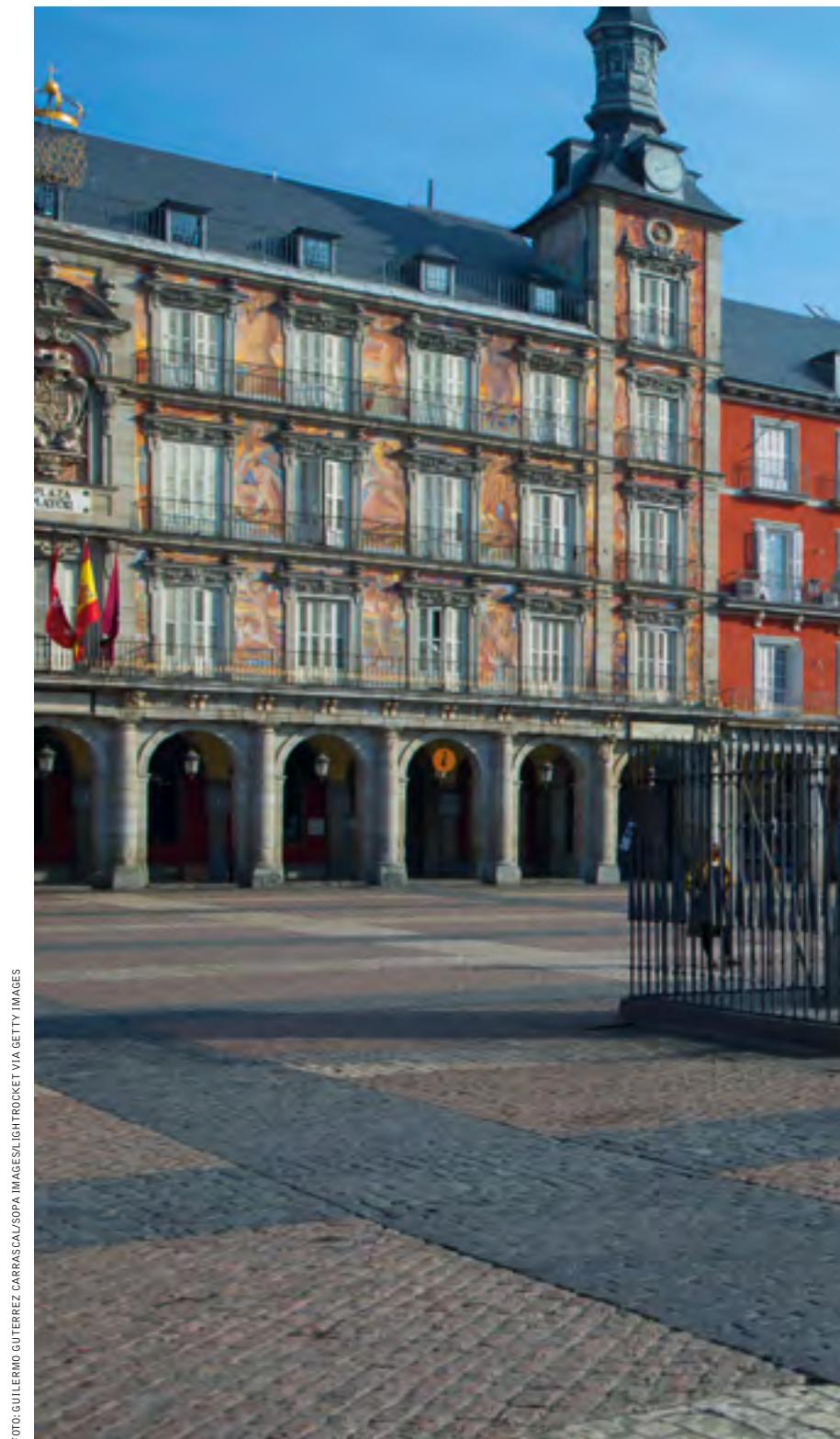


FOTO: GUILLERMO GUTIÉRREZ CARRASCA/SOPA IMAGES/LIGHTROCKET VIA GETTY IMAGES



LA PLAZA MAYOR DE MADRID el 15 de marzo de 2020.

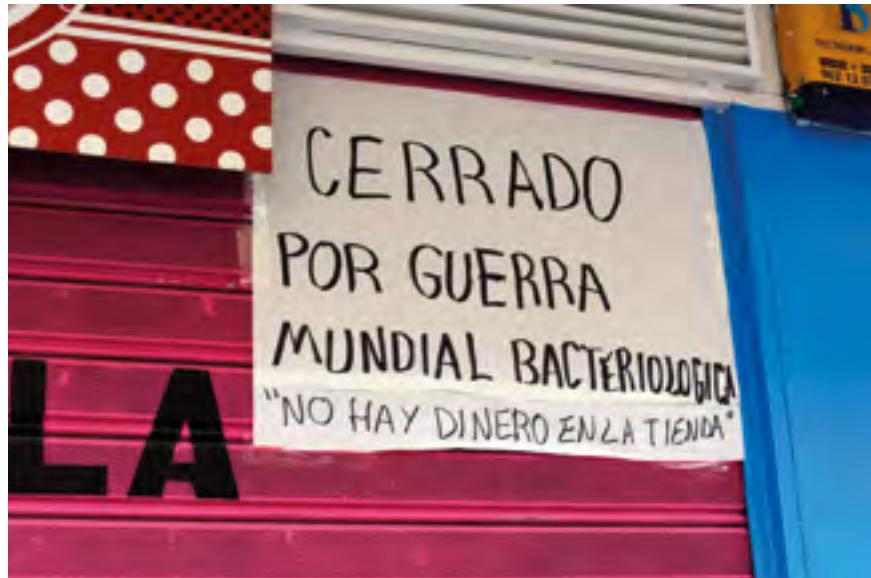


FOTO: ELY PINERO/GETTY IMAGES

DESDE EL 13 DE MARZO la mayoría de comercios permanecen cerrados.

Teddy me estaría ayudando a sobrellevar mejor este encierro.

Uno o dos días antes de que Pedro Sánchez anunciara en televisión el estado de alerta y pusiera en marcha esas medidas drásticas, no me preguntén por qué, a mí se me encendió el bombillo. “A ver si esta cosa del coronavirus va a ser más seria de lo que parece”, le dije a mi esposa. Mucha gente pensó como yo. Y eso lo aprecié en una visita esporádica con la familia al supermercado: nuestra tienda habitual parecía vivir una escena de *Guerra Mundial Z* o de alguna otra película o serie sobre el fin del mundo. No quedaba un solo rollo de papel higiénico, ni de kleenex, ni de papel de cocina, y en las baldas de la pasta habían arrasado con todo menos con los *farfalle*, esos lacitos que parecen no convencer del todo a nadie. La gente arrampló con todo lo que tenía a su paso y no era raro ver carritos a rebosar con decenas de yogures, gente cargando como podía kilómetros de papel higiénico –del caro, ese con doble capa, y del barato; a estas alturas daba igual– y kilos y kilos de arroz. La escena, aterradora, se repetía día tras día en todos los supermercados de España, pese al llamamiento de las cadenas de que el surtido no iba a faltar.

Al igual que el discurso de la gente fue cambiando y aumentando en preocupación, también lo hizo el de los medios de comunicación, que pasaron de ver el coronavirus como una simple gripe que había matado a unos

cuantos en Wuhan, a una epidemia mundial que estaba a las puertas de cebarse con la economía nacional y global. Todos los medios en España hablaban de lo mismo, COVID-19: una inyección de pánico en vena en una sociedad sobreinformada, pero desinformada. “El coronavirus cuesta ya a la Bolsa española 110.000 millones de euros”, publicó el diario *El País* en su portada el 7 de marzo, un día antes de titular con: “El virus que bloquea el mundo. La expansión del coronavirus desafía a los Estados”. Pocas primeras páginas de periódicos me han parecido más aterradoras que estas.

Sin embargo, si por un lado se veían a esos zombis insolidarios que, presos del miedo, arrasaban en los supermercados, por el otro ahí estaban todavía las terrazas llenas de clientes, los cines a rebosar y, entre otras cosas, manifestaciones multitudinarias, como la del 8 de marzo por el Día Internacional de la Mujer, que recorrió las principales calles de Madrid. Yo mismo asistí, luciendo orgulloso un pañuelo morado, a esa marcha con mi esposa, mi madre y mi hija de ocho meses.

Al día siguiente, el 9M, cambié el chip. Prácticamente toda la sociedad lo hizo, creo. Lamentablemente, pese a mis advertencias, tuve que seguir yendo a la oficina a trabajar presencialmente, pues en mi empresa eso del teletrabajo no tenía mucho calado; pero lo empecé a hacer con más cuidado: intentaba mantener al menos un metro o metro y medio de distancia con el resto de personas –resulta difícil eso en una ciudad como Madrid–, trataba de no tocarme la cara, como hacemos todos inconscientemente, y me lavaba las manos a conciencia cada vez que podía. De momento, parece que esas medidas que hemos tenido que poner en práctica, más la del aislamiento, han funcionado, y ni mi familia ni yo hemos sido víctimas del COVID-19. Por ahora.

Nos sentimos seguros en la casita de mis padres. Y mientras las bolsas de medio mundo se hunden y la economía global se tambalea, mi hija, que no para de sonreír y jugar, disfruta tener a su padre todo el día en casa. Esta es, sin duda, una de las pocas notas positivas que



FOTO: CARLOS ALVAREZ/GETTY IMAGES

A LAS 8:00 DE LA NOCHE en Madrid se organiza un aplauso para los servicios de salud.

se pueden rescatar de esta pandemia: el poder pasar más tiempo con los seres queridos. La otra, la que quizás más ha sorprendido a todos, es la solidaridad del pueblo madrileño, que se ha volcado durante esta crisis y se ha mostrado dispuesto a ayudar a todos en estos momentos tan duros. Puntuales como un reloj suizo, a las 20:00 horas, los madrileños salen cada noche a sus ventanas y balcones y les dedican un sentido y emocionante aplauso a los trabajadores del sector sanitario, que se entregan en cuerpo y alma a curar y cuidar en los hospitales a los afectados por el coronavirus. Además, las iniciativas sociales no dejan de crecer. Entre todos conseguimos entretenernos y matar el tiempo: conciertos en directo en Instagram, museos que abren 24 horas al día en su web y hacen tours virtuales, clases de cocina y yoga en tiempo real y para todas las edades en varias plataformas de streaming, apps que han dejado de cobrar durante estos meses de encierro. La lista crece cada día.

Sin embargo, que nada de lo positivo que acabo de mencionar nos haga apartar la vista de

lo realmente importante: ¡Hay que quedarse en casa! Tener la despensa llena de pasta y arroz, la nevera a rebosar de yogures y papel higiénico de sobra para aguantar años no va a servir de nada. Y si así lo creen, están equivocados: todos tenemos que prepararnos. Al momento de escribir esta carta, con 20.000 casos confirmados y más de 1.000 fallecidos, España es el tercer país con más positivos por COVID-19: comparte el podio con Italia y China. Tristemente, también nos estamos aproximando lentamente a lo que están viviendo en Italia: hospitales desbordados y muertos que ya se cuentan por centenares cada día, aunque no se puedan enterrar como es debido.

Pese a que a muchos pueda parecerse lo, estas no son unas minivacaciones; es algo mucho más grave. Todavía hay personas que se toman el estado de alerta a la ligera y buscan, a través de la picareza, evitar de todas las formas posibles el aislamiento: el hombre que sacó a pasear a su perro de peluche, el tipo que salió con su mascota a más de seis kilómetros de su casa o el joven que fue detenido por in-

tentar saltarse la prohibición paseando con un disfraz de dinosaurio forman ya parte del anecdotario colectivo.

Escribo desde Madrid, pero también pueden considerar que lo hago desde un futuro inmediato. La capital de España, la ciudad que vive más de noche que de día, la que presume de tener, solo en la zona entre Atocha y Antón Martín, más bares que toda Noruega, está clausurada hasta nuevo aviso. Eso sí, los bares seguirán ahí cuando el COVID-19 decida dejarnos. También estarán el Retiro, el Museo del Prado, la Puerta del Sol, el Santiago Bernabéu, el Rastro, la Casa de Campo, el Teleférico, el Café Barbieri y las tiendas de la Gran Vía: todos esos sitios que hemos de evitar mientras se mantenga el estado de alerta.

Los días serán más largos de lo habitual, lo digo por experiencia; pelearán con sus seres queridos y no solo por salir a botar la basura, no podrán abrazar, besar y dar la mano a nadie con quien no viven y verán lo difícil que es dejar de lado la rutina y ajustarse a una progresiva pérdida de la libertad.

La tarea ahora es acomodarse como sociedad y hacer un esfuerzo en los complicados meses que se avecinan. Todavía están a tiempo de frenar la curva y de buscar algún vecino, amigo o familiar con perro con el que llegar a un acuerdo para compartir esa tarea, prácticamente el único pasaporte para salir un rato a la calle, pasear con excusa y tomar el aire. ■



DIARIO

DEL AÑO DE LA PESTE

EN 1722, DOS AÑOS DESPUÉS DE HABER ESCRITO 'ROBINSON CRUSOE', DANIEL DEFOE ESCRIBIÓ UN RELATO EN PRIMERA PERSONA QUE RECORDABA LOS HECHOS DE 1665, EL AÑO EN QUE LA PESTE BUBÓNICA AZOTÓ LA CIUDAD DE LONDRES, DONDE ÉL VIVÍA. EL RESULTADO FUE UNA CRÓNICA EMOCIONANTE QUE CUENTA CÓMO LOS RICOS HUYERON DE LA CIUDAD Y CÓMO EL GOBIERNO INTENTÓ MANTENER LA PESTE EN SECRETO EN LOS REGISTROS. NO PUEDE SER SU DIARIO –DEFOE NACIÓ EN 1659 Y TENÍA APENAS SEIS AÑOS CUANDO OCURRIÓ LA EPIDEMIA–, PERO SÍ ES LA PRIMERA NARRACIÓN LITERARIA DE LO QUE SIGNIFICA UNA PANDEMIA. PUBLICAMOS LA PRIMERA PARTE DE ESTA OBRA MAESTRA QUE SE ACOPLA A NUESTROS TIEMPOS POR CORTESÍA DE LA EDITORIAL IMPEDIMENTA.

POR DANIEL DEFOE

TRADUCCIÓN DE PABLO GROSSCHMID
PUBLICADO CON AUTORIZACIÓN DE LA EDITORIAL IMPEDIMENTA

Fue en los comienzos de septiembre de 1664 cuando, mezclado entre los demás vecinos, escuché durante una charla habitual que la peste había vuelto a Holanda; pues había sido muy violenta allí, particularmente en Ámsterdam y Róterdam, en el año 1663, sitio al que había sido llevada, según unos desde Italia, según otros desde el Levante, entre algunos géneros traídos por su flota; otros dicen que fue traída de Candía, otros que provenía de Chipre. No se dio importancia a la procedencia; mas todos concordaron en que había vuelto a Holanda.

En aquellos días no teníamos nada que se pareciese a los periódicos impresos para diseminar rumores e informes sobre las cosas y para mejorarlos con la inventiva de los hombres, cosa que he visto hacer desde entonces. Pero las noticias como ésta se recogían a través de las cartas de los mercaderes y de otras personas que mantenían correspondencia con el extranjero, y se hacían llegar verbalmente a todas partes; así, las noticias no se divulgaban instantáneamente por toda la nación, como sucede hoy día. Pero al parecer el Gobierno tenía un informe veraz sobre el asunto, habiéndose celebrado varios consejos para discutir los medios de evitar que el mal llegase hasta nosotros; mas todo ello se mantuvo muy en secreto. De ahí que este rumor se extinguiese nuevamente, y que las gen-

tes comenzasen a olvidarlo como si fuese una cosa que realmente no les concerniese y de la que esperaban que no fuese cierta; hasta el final de noviembre o los primeros días de diciembre de 1664, cuando dos hombres, que se suponía franceses, murieron de peste en Long Acre; o mejor dicho, en el extremo superior de Drury Lane. La familia con la que vivían se esforzó todo lo posible por ocultarlo, pero tan pronto como las conversaciones del vecindario ventilaron la cuestión, ésta llegó a conocimiento de los secretarios de Estado; ciento cinco que, sintiéndose preocupados, ordenaron a dos médicos y a un cirujano que fuesen a inspeccionar la casa, a fin de estar seguros de la verdad. Así lo hicieron éstos, y habiendo encontrado señales evidentes de la enfermedad sobre ambos cadáveres, dieron públicamente sus opiniones de que habían muerto a causa de la peste. Después de lo cual se notificó al escribano de la parroquia, quien también dio parte al Consistorio; y el hecho fue impreso en la lista de mortalidad en la forma acostumbrada, o sea:



GRABADO DE 1810 que ilustra la plaga de Londres de 1665.



ILUSTRACIÓN DEL LIBRO 'Cassell's History of England' sobre la gran
plaga en las calles de Londres.

Peste, 2. Parroquias infectadas, 1.

La gente se inquietó mucho por esto, y empezó a alarmarse en toda la ciudad, tanto más cuanto que en la última semana de diciembre de 1664 otro hombre murió en la misma casa, por la misma causa. Luego estuvimos tranquilos durante unas seis semanas, en las que, al no haber muerto nadie con señal alguna de infección, se dijo que la enfermedad se había marchado; mas después de esto, creo que fue alrededor del 12 de febrero, hubo otro que murió en otra casa, pero en la misma parroquia y de la misma suerte.

Esto hizo que los ojos de la gente se volviesen hacia ese extremo de la ciudad; y como las listas semanales mostraban en la parroquia de St. Giles un incremento desacostumbrado de las inhumaciones, se comenzó a sospechar que la peste habitaba entre las gentes de ese extremo de la ciudad; y que muchos habían muerto por su causa, a pesar de que habían tomado todas las precauciones para evitar que ello llegase al conocimiento del público. Esto arraigó grandemente en el espíritu del pueblo, y eran muy pocos los que se aventuraban a través de Drury Lane, a menos que tuviesen un asunto extraordinario que les obligase a hacerlo.

Este aumento de las listas fue como sigue: el número de inhumaciones semanales en las parroquias en de St. Giles-in-the-Fields y de St. Andrew, Holborn, era de unos doce a diecisiete o diecinueve, en cada una; mas desde el momento en que la peste apareció por primera vez en la parroquia de St. Giles, se observó que el número de inhumaciones corrientes aumentaba considerablemente. Por ejemplo:

Desde el 27 de diciembre hasta el 3 de enero

St. Giles, 16. St. Andrew, 17.

Desde el 3 de enero hasta el 10 de enero

St. Giles, 12. St. Andrew 25.

Desde el 10 de enero hasta el 17 de enero

St. Giles, 18. St. Andrew, 18.

Desde el 17 de enero hasta el 24 de enero

St. Giles, 23. St. Andrew, 16.

Desde el 24 de enero hasta el 31 de enero

St. Giles, 24. St. Andrew, 15.

Desde el 31 de enero hasta el 7 de febrero

St. Giles, 21. St. Andrew, 23

Desde el 7 de febrero hasta el 14 de febrero

St. Giles 24

Entre los que hubo uno de peste.

En la parroquia de St. Bride, que limita por uno de los lados con la parroquia de Holborn, así como en la parroquia de St. James, Clerkenwell, que limita con Holborn por su parte opuesta, se observó un aumento similar en las listas; en las dos parroquias citadas, el número de personas que normalmente moría cada semana era de seis a ocho, mientras que durante ese tiempo aumentó como sigue:

Desde el 20 de diciembre hasta el 27 de diciembre

St. Bride, 0. St. James, 8.

Desde el 27 de diciembre hasta el 3 de enero

St. Bride, 6. St. James, 9.

Desde el 3 de enero hasta el 10 de enero

St. Bride, 11. St. James, 7.

Desde el 10 de enero hasta el 17 de enero

St. Bride, 12. St. James, 9.

Desde el 17 de enero hasta el 24 de enero

St. Bride, 9. St. James, 15.

Desde el 24 de enero hasta el 31 de enero

St. Bride, 8. St. James, 12.

Desde el 31 de enero hasta el 7 de febrero

St. Bride, 13. St. James, 5.

Desde el 7 de febrero hasta el 14 de febrero

St. Bride, 12. St. James, 6.

Además de esto, la gente veía con gran desasosiego que todas las listas semanales crecían mucho durante estas semanas, pese a que era una época del año en la que, por regla general, las listas son muy moderadas.

La cantidad usual de inhumaciones según las listas de mortalidad era de unas doscientas cuarenta o así, hasta trescientas en una semana. Se tenía por bastante alta esta última cifra; pero luego vemos que las listas sucesivas aumentaron como sigue:

Del 20 al 27 de diciembre

Inhumación, 291. Incremento, ---.

Del 27 de diciembre al 3 de enero

Inhumación, 349. Incremento, 58.

Del 3 al 10 de enero

Inhumación, 394. Incremento, 45.

Del 10 al 17 de enero

Inhumación, 415. Incremento, 21.

Del 17 al 24 de enero

Inhumación, 474. Incremento, 59

Esta última lista fue verdaderamente horrorosa, siendo la mayor cantidad de personas inhumadas en una semana desde el anterior azote de 1656.

Sin embargo, todo esto desapareció otra vez; y mostrándose frío el tiempo, las heladas que aparecieron en diciembre manteniéndose muy severas incluso hasta cerca de finales de febrero, acompañadas de vientos cortantes pero moderados, las listas disminuyeron otra vez y la ciudad creció sana; y todos empezaron a considerar que había pasado el peligro; sólo que las inhumaciones en St. Giles todavía seguían sien-

do muchas. Especialmente desde principios de abril, siendo de veinticinco por semana, hasta la semana del 18 al 25, en la que en la parroquia de St. Giles fueron enterradas treinta personas, dos de las cuales habían muerto de peste y ocho de tabardillo pintado [tifus exentemálico], al que se contemplaba como la misma cosa; de manera similar, el número total de muertos por tabardillo pintado aumentó, siendo de ocho la semana anterior, y de doce durante la semana arriba mencionada. Esto nos alarmó a todos nuevamente; y el pueblo sentía terribles aprensiones, especialmente porque el tiempo había cambiado y era ahora, con el verano en puertas, cada vez más cálido. No obstante, la semana siguiente hizo concebir nuevamente algunas esperanzas. Las listas eran reducidas, ya que el número total de muertos fue de sólo 388, no habiendo ninguno de peste y solamente cuatro de tabardillo pintado. Pero volvió la semana siguiente; y el mal se propagó a dos o tres parroquias, a saber: St. Andrew, Holborn y St. Clement Danes; y para gran aflicción de la ciudad hubo un muerto dentro de las murallas, en la parroquia de St. Mary Woolchurch, es decir, en Bearbinder Lane, cerca de la Bolsa. En total hubo nueve casos de peste y siete de tabardillo pintado. Las averiguaciones indicaron, sin embargo, que este francés que murió en Bearbinder Lane era uno que, habiendo vivido en Long Acre, cerca de las casas infectadas, se mudó por miedo a la enfermedad, sin saber que ya estaba contagiado. Esto sucedió en los primeros días de mayo, aunque el tiempo era benigno, variable y bastante frío; y las gentes aún abrigaban ciertas esperanzas. Lo que les daba confianza, era que la ciudad estaba saludable: las noventa y siete parroquias juntas tuvieron sólo cincuenta y cuatro entierros; y comenzamos a creer que el mal no avanzaría más lejos, puesto

que aparecía principalmente entre la gente de ese extremo de la ciudad. Tanto más cuanto que la semana siguiente, que fue entre el 9 de mayo y el 16, sólo murieron tres, ninguno de ellos dentro de la ciudad; y St. Andrew inhumó solamente quince, lo que era muy poco. Cierto es que St. Giles enterró a treinta y dos, pero incluso así, como sólo había uno de peste, la gente empezó a sentirse más tranquila. La lista total también era muy reducida, ya que la semana anterior fue de sólo 347; y sólo 343 en la semana arriba mencionada. Mantuvimos estas esperanzas durante algunos días, pero sólo fueron para unos pocos, puesto que al pueblo ya no se le podía engañar de tal manera; registraron las casas y encontraron que la peste estaba efectivamente extendida por todas partes, y que muchos morían de ella cada día. Así, fallaron todos nuestros atenuantes; y ya no hubo nada más que ocultar; más aún, pronto se vio que la epidemia había desbordado toda esperanza de mitigación; que en la parroquia de St. Giles había entrado en diversas calles y que varias familias completas yacían enfermas; consecuentemente, la situación comenzó a dejarse ver en la lista de la semana siguiente. Ciertamente, sólo hubo catorce anotados con peste, pero esto era una bellaquería y una confabulación, puesto que en la parroquia de St. Giles inhumaron cuarenta en total, de los que se estaba seguro que la mayor parte había muerto de la peste, aunque estuviesen registrados con otras enfermedades; y si bien todos los entierros no pasaban de treinta y dos, y la lista total mostraba sólo 385, había catorce de tabardillo pintado, así como catorce de peste; y dimos por seguro que esa semana habían muerto cincuenta a causa de la peste.

La lista siguiente fue del 23 al 30 de mayo, en la que el número de muertos de peste era diecisiete. Mas las inhumaciones en St. Giles fueron cincuenta y tres –cantidad terrorífica– entre las que solamente se registraron nueve casos de peste: pero un examen más estricto de los jueces de paz, a demanda del corregidor, demostró que había otros veinte que habían muerto a causa de la peste en dicha parroquia, pero que habían sido anotados con tabardillo u otras enfermedades, sin contar a otros que fueron ocultados.

Pero estas cosas fueron insignificantes comparadas con lo que siguió inmediatamente después; porque entonces llegó el tiempo caluroso; y desde la primera semana de junio el contagio se diseminó de manera terrorífica, y las listas se elevaron; los que eran víctimas de la fiebre o del tabardillo comenzaron a hincharse; hicieron todo cuanto pudiera ocultar su enfermedad, para evitar que los vecinos los rehuysesen y se negasen a conversar con ellos; y también para evitar que las autoridades cerraran sus casas, cosa que, aunque no se practicaba todavía, ya había habido amenazas; y el pueblo estaba muy aterrado al pensar en ello.

Durante la segunda semana de junio, la parroquia de St. Giles, en la que seguía estando el centro de la infección, enterró a ciento veinte personas, de las que todo el mundo dijo, aunque las listas indicaban sólo sesenta y ocho, que había por lo menos cien muertas de peste, haciendo el cálculo en base a la cantidad habitual de funerales en dicha parroquia.

Hasta esta semana la ciudad seguía estando libre, no habiendo muerto nadie en ella, salvo el francés al que hice referencia antes, en ninguna de las noventa y siete parroquias. Entonces murieron cuatro dentro de la ciudad: uno en Wood Street, otro en Fenchurch Street y dos en Crooked Lane. Southwark estaba totalmente libre, no habiendo muerto aún nadie de ese lado del agua.

Yo vivía más allá de Aldgate, aproximadamente a medio camino entre Aldgate Church y Whitechapel Bars, a mano izquierda o lado norte de la calle; y como la enfermedad no había alcanzado esa parte de la ciudad, nuestro barrio continuaba tranquilo. Pero en el otro extremo de la ciudad la consternación era muy grande; y la clase más rica de gente, especialmente la nobleza y la clase acomodada de la parte oeste



'RESCATE DE LA PLAGA' (1898) es una pintura de Frank William Warwick Topham inspirada en una escena del diario de Samuel Pepys.

GRABADOS de la plaga de Londres de 1665 para libros de historia del Siglo XIX.



FOTO: ANN RONAN PICTURES/PRINT COLLECTOR/GETTY IMAGES

de la ciudad, salió en tropel de la villa, con sus familias y criados, de manera desacostumbrada; cosa que se vio muy especialmente en Whitechapel, o sea en la calle Ancha en la que yo vivía; por cierto, no se veía otra cosa que carros y carretas con enseres, mujeres, niños, criados, etc.; carroajes llenos de gente de la mejor clase, y jinetes que los acompañaban; y todos ellos huyendo; luego aparecían carros y carretas vacíos y más caballos con sirvientes que sin duda regresaban, o eran enviados del campo para recoger a más gente; además de una innumerable cantidad de hombres a caballo, algunos solos, otros con criados, generalmente cargados con equipaje y preparados para viajar, lo que cualquiera hubiese podido inferir de su aspecto.

Esto era una cosa terrible y triste de ver; y como yo no podía sino verla de la mañana a la noche (por cierto, no había de momento ninguna otra cosa que ver), mi alma se llenó de muy graves pensamientos acerca de la miseria que iba a cernirse sobre la ciudad, y la infelicidad de aquellos que hubiesen quedado en ella.

Durante algunas semanas la prisa de la gente era tal, que hacía casi imposible llegar hasta las puertas del corregidor; una muchedumbre apremiante se apiñaba allí para obtener pases y certificados de salud, como para viajar al extranjero, ya que sin los mismos no se les permitía pasar a través de las ciudades situadas en los caminos, ni se les daba aloja-

miento en ninguna posada. Ahora bien, como durante todo este tiempo no había muerto nadie dentro de la ciudad, el corregidor daba sin ninguna dificultad certificados de salud a todos aquellos que habitaban en las noventa y siete parroquias; y durante algún tiempo también a los que vivían fuera de la ciudad.

Esta prisa, como digo, continuó durante algunas semanas, es decir, durante los meses de mayo y junio, con mayor motivo aún, puesto que se rumoreaba que aparecería una orden del Gobierno para poner vallas y barreras en los caminos a fin de impedir que la gente viajase; y que los pueblos sobre los caminos no tolerarían el paso de los londinenses por miedo a que trajesen consigo la epidemia, si bien ninguno de estos rumores tenía otro fundamento que la imaginación, por lo menos al principio.

Entonces comencé a pensar seriamente en mí mismo, en mi propio caso y en lo que debería hacer conmigo mismo; es decir, si debería decidir quedarme en Londres o bien cerrar mi casa y huir como muchos de mis vecinos. He escrito este extremo tan detalladamente, por-

que no sé si podrá ser de utilidad a aquellos que vengan después de mí, si les aconteciese el verse amenazados por el mismo peligro y si tuvieran que decidir de la misma manera; por ello, deseo que esta narración llegue a ellos más en calidad de orientación de sus actos que de historia de los míos, puesto que no les valdrá un ardite el saber lo que ha sido de mí.

Me enfrentaba a dos cuestiones importantes: una de ellas era el manejo de mi tienda y mi negocio, que era de consideración y en el que estaba embarcado todo lo que yo poseía en el mundo; la otra era la preservación de mi vida en la calamidad tan funesta que, según veía, iba a caer sobre toda la ciudad y que, sin embargo, por grande que fuese, siempre sería mucho menor de lo que imaginaban mis temores y los de las demás gentes.

La primera consideración era de gran importancia para mí; mi comercio era de talabartería; y como mis transacciones se realizaban principalmente no por ventas de tienda o casuales, sino entre los mercaderes que comerciaban con las colonias inglesas en América,



XXXXXXXXXXXX

mis bienes estaban muy en manos de éstos. Ciento es que yo era soltero, pero tenía una familia de criados a la que mantenía en mi negocio; tenía una casa, tienda y almacenes repletos de mercancías; y el abandonar todo eso de la manera en que han de abandonarse las cosas en tales situaciones (es decir, sin ningún cuidador o persona adecuada a la que se pudiesen encargar), hubiese sido arriesgar no sólo la perdida de mi comercio, sino la de mis bienes y de todo lo que poseía en el mundo.

En esa época yo tenía un hermano mayor en Londres, que había venido unos pocos años antes de Portugal; cuando le consulté, me respondió en pocas palabras, las mismas que fueron pronunciadas en un caso bastante distinto: «Maestro, salvate a ti mismo». En una palabra, era partidario de que me fuese al campo, cosa que él había resuelto hacer con su familia; me dijo lo que, según parece, había oído decir en el extranjero, de que la mejor manera de prepararse contra la peste era huir de ella. Refutó mis argumentos de que perdería mi comercio, mis bienes, o mis deudas. Me dijo lo mismo que

yo argüía para quedarme, o sea, que confiaría a Dios mi seguridad y mi salud, lo que desmentía mis pretensiones de perder mi comercio y mis bienes: «porque», dijo, «no es más razonable confiar a Dios la suerte o el riesgo de perder tu comercio, que quedarte en un lugar de tan acusado peligro confiándole tu vida?».

No podía alegar que estaba en un apuro en cuanto a sitio adonde ir, porque tenía varios amigos y parientes en Northamptonshire, de donde había venido originariamente nuestra familia; por otra parte, mi única hermana estaba en Lincolnshire, muy deseosa de recibirme y hospedarme.

Mi hermano, quien ya había enviado a su mujer y a sus dos niños a Bedfordshire y que estaba decidido a seguirles, me instaba muy seriamente a que partiese; y en una ocasión decidí obrar de acuerdo con sus deseos, pero entonces no pude hallar ningún caballo; porque si bien es cierto que no todo el mundo salió de la ciudad de Londres, creo poder decir que sí lo hicieron todos los caballos, ya que durante algunas semanas fue prácticamente imposible

comprar o alquilar uno solo en toda la ciudad. Una vez decidí viajar a pie con un criado y no descansar en ninguna posada, sino llevar con nosotros una tienda de campaña, cosa que hicieron muchos; y descansar de esa manera en los campos, ya que el tiempo era muy cálido y no había peligro de pillar un enfriamiento. Digo que fueron muchos los que hicieron esto, especialmente aquellos que estuvieron en los ejércitos durante la guerra, que había tenido lugar hacía pocos años; y también debo decir que si la mayor parte de la gente hubiese viajado de esa manera la peste no habría entrado en tantos pueblos y casas de campo como lo hizo, para la desgracia y hasta la ruina de muchas gentes.

Mas luego, mi sirviente, al que tenía la intención de llevar conmigo, me defraudó; sintió miedo ante la propagación del mal, y al no saber cuándo partiría yo, tomó otras medidas y me abandonó, de manera que tuve que aplazar mi partida en esa ocasión; luego, de una u otra manera, siempre mi resolución de alejarme se cruzó con algún contratiempo, aplazando mi partida una y otra vez; y esto da lugar a una historia que de otra manera sería una digresión inútil, de que estos contratiempos provenían del Cielo.

Menciono por otra parte esta historia como el mejor método que puedo aconsejar a cualquier persona en tal situación, especial-



FOTO: UNIVERSAL HISTORY ARCHIVE/GETTY IMAGES

'LA CANCIÓN DE LA PLAGA', de John Franklin. En el grabado un vendedor de ataúdes brinda para que la peste nunca termine.

mente si es consciente de su deber, capaz de sentir la orientación que debe dar a sus actos; o sea, que mantenga los ojos abiertos para observar las cosas providenciales que ocurren en ese momento, viéndolas complejamente, tal como se relacionan unas con otras, y tal como todas juntas se relacionan con el problema al que uno se enfrenta: luego, según creo, podrá tomarlas con seguridad como intimaciones del Cielo sobre cuál es su deber incuestionable respecto a lo que debe hacer en dicho caso; me refiero, por ejemplo, a marcharse o permanecer en el sitio en el que habitamos cuando aparece una enfermedad infecciosa.

Una mañana, meditando sobre este asunto particular, se afirmó en mi mente la convicción de que nada nos llegaba que no fuese enviado o permitido por el Poder Divino, de manera que estos contratiempos habían de tener intrínsecamente algo de extraordinario; y debí de considerar, si bien no se manifestó como evidente o subjetivo, que el deseo del Cielo era que yo no me marchase. A continuación pensé que si en realidad Dios deseaba que me quedase, Él podía preservar mi vida en medio de toda la mortandad y de todo el peligro que me rodearían; y que si yo decidía salvarme huyendo de mi casa, si actuaba en contra de estas intimaciones que yo creía Divinas, ello sería como huir de Dios; y que Él podría ordenar a su justicia que me alcanzase cuando y donde Él lo creyese justo.

Estos pensamientos modificaron otra vez mi resolución; y cuando pude hablar nuevamente con mi hermano, le dije que estaba inclinado a quedarme y a afrontar mi suerte en el puesto en el que Dios me había colocado; y que ello me parecía ser mi obligación, especialmente por todo lo que yo he dicho.

Mi hermano, aunque era un hombre muy religioso, se rio de todo lo que dije acerca de haber tenido intimaciones del Cielo, y me contó varias historias acerca de personas a las que, como a mí, llamaba temerarias; que ciertamente debería considerar como signo del Cielo si yo estuviese de alguna manera impedido por enfermedades o dolencias; y que no pudiendo en tal caso viajar, habría de conformarme con los designios del Señor, quien por ser mi Creador, tenía el indiscutible derecho de soberanía para disponer de mí; y que en tal caso no habría dificultad alguna para determinar cuál era la llamada de la Providencia Divina, y cuál no lo era; pero que yo tomase como intimación del Cielo el no poder salir de la ciudad solamente por no poder alquilar un caballo; o porque mi compañero que había de servirme había escapado, era ridículo, ya que yo tenía entonces mi buena salud y mis facultades, así como otros sirvientes; y que podía fácilmente viajar uno o dos días a pie, si tenía un buen certificado de estar en perfecta salud, por lo que podía alquilar un caballo en el camino o viajar en la posta, según creyese conveniente.

Luego procedió a contarme las dañinas consecuencias de la presunción de los turcos y mahometanos en Asia y en otros lugares en los que había estado (puesto que mi hermano, al ser comerciante, estuvo en el extranjero, y había vuelto últimamente de Lisboa, como ya he mencionado antes, hacía pocos años); de cómo, abusando de las ideas de predestinación que profesaban, de que la muerte de todo hombre está predeterminada y decretada de antemano sin apelación, iban sin preocuparse a los lugares infectados y conversaban con personas contagiadas, por lo que morían a razón de diez o quince mil por semana, mientras que los co-

merciantes europeos o cristianos, que se mantenían retirados y apartados, escapaban por lo general del contagio.

Con estos argumentos, mi hermano cambió otra vez mi decisión, y resolví partir; y preparé todas las cosas de acuerdo con ello; brevemente, la plaga se propagaba a mi alrededor y las listas habían aumentado hasta casi setecientos por semana; y mi hermano me dijo que sería muy aventurado quedarse durante más tiempo. Le pedí que me dejase considerar mi decisión nada más que hasta el día siguiente; y como ya tenía todo preparado de la mejor manera que pude, respecto a mi negocio y a la persona a quien encargaría de mis asuntos, ya no tuve otra cosa que hacer sino decidir. ■

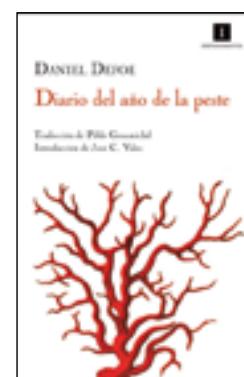




FOTO: REMO BARDAZZI / ELECTA / MONDADORI PORTFOLIO VIA GETTY IMAGES

EL TRIUNFO DE LA MUERTE, PIETER BRUEGHEL



EL ARTE DEL FIN DEL MUNDO

DIVERSAS OBRAS LITERARIAS Y PICTÓRICAS NOS REVELAN EL SUFRIMIENTO, LA ANGUSTIA, LAS MALAS Y BUENAS DECISIONES DE LOS HUMANOS ANTE UN INMINENTE COLAPSO DE SU MUNDO PROVOCADO POR LAS "ENFERMEDADES INVISIBLES DEL AIRE". ESCENARIOS CATASTRÓFICOS DESATADOS POR PESTES Y VIRUS EPIDÉMICOS, DRAMAS Y ROMANCES EN MEDIO DE LA ENFERMEDAD, MALAS Y BUENAS DECISIONES ANTE UN INMINENTE FIN DEL MUNDO SE HAN PLASMADO EN LA LITERATURA Y LA PINTURA PARA RECORDARNOS QUE AÚN EN LOS LÍMITES DE LA VIDA ES POSIBLE CONTEMPLAR, ENTRE EL HORROR Y LA DESPERANZA, EL RESPLANDOR DE LA EXISTENCIA.

POR MIGUEL MENDOZA LUNA

E

El arte invoca a la salvación; o simplemente retrata a la peste. Los artistas que narran el fin de mundo tienen la necesidad de exaltar el desenlace de los humanos con la dignidad de los músicos del Titanic que tocaron sus instrumentos hasta el último instante. Narrar un hipotético y caótico estado social, como lo hace José Saramago con su particular peste de la ceguera o García Márquez con las tantas y diversas epidemias macondianas (superadas por la cuarentena y la paciencia del tiempo), más que un acto de morbosa especulación sobre los riesgos de nuestras formas de vida, es un canto de llamado a la unidad. Este es un recorrido visual por las obras de arte y literarias más devastadoras de todos los tiempos.

En las artes plásticas, el tema religioso de una figura salvadora, la cual extiende su aura de protección a los desamparados y agonizantes, aparece en pinturas como *San Sebastián intercede en una epidemia de peste* (1499), de Josee Lieferinxe; *San Genaro libera a Napolés de la peste* (1499), de Luca Giordano; o en *San Roque entre las víctimas de la peste y la Virgen en la gloria* (1575), de Jacopo Bassano, en la Venecia azotada por pestes y epidemias. En estas magistrales pinturas asistimos a la entrega devota de un personaje cuyo tacto invierte la lógica del contagio y emana una luz sanadora para los adoloridos y desesperados.

El salvador que brinda consuelo ante la afrenta del ángel exterminador reaparece en *San Roque y los apestados* (1549), de Tintoretto. En *Santa Tecla libera a la ciudad de la peste* (1759), de Giovanni Batista Tiepolo, una vez más emerge – para los pobres venecianos acosados por la peste bubónica de 1630 – la esperanza de la salvación por la vía divina, encarnada en una de las primeras mártires de la cristiandad.

En *La plaza de mercado de Napolés durante la peste* (1657), Domenico Gargiulo nos arroja a un impresionante registro pictórico de un infierno donde la supervivencia y su búsqueda ya resultan absurdas. Como consecuencia de la enfermedad ha desaparecido por completo la dignidad humana. Un cielo esperanzador es lo único que aguarda a los pseudohumanos que ya están por perecer. Aquí, Gargiulo evoca, apenas un año después, una de las varias pestes que acosaron esta ciudad, vulnerable por su posición y su actividad marítima. La imagen allí plasmada se debe contener a toda costa en su frágil marco y evitar que se repita (como ahora).





LA PESTE DE ATENAS, MICHEIL SWEERTS

FOTO: LACMA LOS ANGELES COUNTRY MUSEUM OF ART

El triunfo de la Muerte (1562), del gran Brueghel –que pueden ver en detalle en la página del Museo del Prado–, es una de las imágenes más iconicas de todos los tiempos, captura una secuencia irrepetible en otra forma de arte, debido a que capta simultáneamente la magnitud de los inagotables ataques de un ejército de esqueletos comandado por la parca. Este prodigioso óleo sobre tabla, influenciado por el Bosco, revoca sin compasión ni reparo el tema medieval de la Danza macabra y también la sentencia del libro bíblico del Apocalipsis: “Y he aquí que apareció un caballo rojizo, cuyo jinete se llamaba Muerte, le fue dado poder sobre la cuarta parte de la tierra para matar con la espada, con el hambre, con la peste y con las ferias de la tierra”.

En medio de mecánicos y precisos relojes, la Muerte cabalga un caballo rojizo y sus secuaces conducen a los agónicos humanos hacia el gran ataúd final. Algunos resisten, otros se han rendido desde hace tiempo. Mucha atención a la pareja del costado inferior derecho, ajena al terror, elegantemente ataviada, protegida, según ellos, por el amor, la música y la lectura de seguro de un soneto.

No cura nada este milagro pictórico, ni mucho menos repara nuestras febriles conciencias actuales, pero su contemplación implica aceptar que la humanidad habita también en el dolor. Allí donde nos desnudamos lanzados por completo al abismo de la vulnerabilidad, donde la conciencia se apaga, habita el centro de nuestro ser.

La función mágica y esencial de las artes miméticas, la captura de un instante único que contiene a todos los instantes posibles –la paradoja de la inversión de la representación: un espejo diminuto puede contener todo el universo–, se demuestra en esta obra maestra.

Otra pintura que merece ser visitada es *La peste de Atenas* (1654), de Michael Sweerts (nacido en Bruselas), un viaje en el tiempo que nos lleva a la bella ciudad del esplendor occidental, la cual sufrió en el año 430 a. C una asolada epidémica que llegó de Egipto y Libia, originaria probablemente de Etiopía, en el segundo año de la Guerra del Peloponeso (se estima que murieron unas 300.000 personas). El historiador Tucídides narró en detalle la virulenta plaga que asoló a la magnífica ciudad he-

lélica: “En general, el individuo se veía preso de los siguientes síntomas: sentía en primer lugar violento dolor de cabeza; los ojos se vivían rojos e inflamados; la lengua y la faringe asumían aspecto sanguinolento; la respiración se tornaba irregular y el aliento fétido. Se seguían espiros y ronquidos. Poco después el dolor se localizaba en el pecho, acompañándose de tos violenta; cuando atacaba al estómago, provocaba náuseas y vómitos con regurgitación de bilis. La mayor parte moría al cabo de siete a nueve días consumidos por el fuego interior”.

La víctima más ilustre de esta imperitante peste que llevó la guerra vigente a un punto álgido fue Pericles, el estupendo mecenazgo del esplendor artístico de la antigua Grecia, el “olímpico” llamado a la inmortalidad, pero cuya coraza de líder bélico, ni de mandatario, pudo protegerle. Al parecer, el apenas naciente siglo XXI nos hizo creer por unos años que las epidemias eran cosa del pasado; esta imagen de cuerpos desnudos sometidos por la locura y el absurdo de un enemigo invisible nos recuerda que no existe civilización ni cultura que no pueda ser franqueada y puesta a prueba por una enfermedad.

Un famoso líder se hizo (1804) pintar asistiendo a sus soldados, inmune a la plaga que a ellos ha conducido a la cama mortuoria, es la escena de Napoleón visitando a los apedeados de Jaffa, de Antoine Jean Gros. Testimonio de la mezcla letal de guerra y peste bubónica, pero también evidencia de la odiosa autopromoción del emblemático militar.

Las pestes representadas, donde apenas reaparecen los agentes transmisores reales de fondo (ratas y pulgas), como en *La peste acaba con una víctima*, parte del Códice medieval Stiny o aquellos grabados que reclaman al espectador la comprensión de cómo la naturaleza se vuelca en nuestra contra y cómo todo lo que define a los humanos –hasta ese punto dramático considerado la especie central y más importante– sucumbe y cae precipitadamente para perecer y no queda más remedio que entrar en la muerte con el “orgullo del espíritu”, como lo señalan los textos cristianos del *Arte de morir* del siglo XIV.

El debate entre el buen morir o la entrega a la muerte, el castigo divino o la afrenta del destino, el gozo o el sufrimiento, pasará de





VISITA DE NAPOLEÓN A LOS APESTADO EN JAFFA, ANTOINE JEAN GROS

FOTO: LEEMAGE/CORBIS VIA GETTY IMAGES



HOSPITAL DE APESTADOS, FRANCISCO GOYA



FOTO: WIKIPEDIA COMMONS

los textos religiosos y llegará hasta la música de Mozart y Verdi, donde sus composiciones exaltan la vibración de la llegada del inminente final. Claro, todas estas obras también dan testimonio de que los supervivientes siempre emergen renovados del desastre, eso también hace parte del resplandor del arte y, por supuesto, de nuestra historia evolutiva.

La nave de los locos (1504), elucubrada por la demencial fábrica mental del Bosco, donde los enfermos son arrojados a la deriva, temidos y rechazados, obra conectada con *El elogio de la locura*, de Erasmo de Rotterdam, donde la “estulticia” nos salva de la tiranía de la realidad, nos ofrece metáforas inversas de la evasión frente al desastre. Deambular a la distancia, mientras la enfermedad avanza; expulsados de la civilización que afuera perece, ahora, justo hoy, en nuestras casas convertidas en naves aisladas, donde nos llega el rumor de la enfermedad.

En la obra *El hospital de los apóstoles* (1800), de Goya, el tenue color de los gestos agónicos, los ropajes agotados, el aura macilenta de la enfermedad se entremezclan aislados, despojados de civilización alguna, y así demuestran que la pintura es el arte más poderoso para transmitir la sensación del olor y del dolor físico.

Reconocer los nombres de grandes artistas en las listas de los fallecidos durante las epidemias, tal como sucede hoy ante la noticia de celebridades contagiadas por el coronavirus, nos estremece al develar que el genio y la fama son apenas auroras perentorias, inútiles a la hora de refrenar tales calamidades. Fue Alexandre Jean Baptiste Hesse quien, en 1832, exaltó en su lienzo a uno de los grandes maestros renacentistas en *Homenaje a Tiziano, muerto en Venecia durante la peste de 1576*. A través de esta imagen lloramos a todos los grandes, cuyo legado y obra sí les convierte en inmortales.

En relación con la catastrófica gripe española de 1918-1919, favorecida letalmente por

la Primera Guerra Mundial, el famoso Edvard Munch hizo un autorretrato que da cuenta de su supervivencia y dolorosa convalecencia. El pintor Gustave Klimt, el poeta Guillaume Apollinaire y el dramaturgo Edmond Rostand, autor de *Cyrano de Bergerac*, por el contrario, fueron otras de sus tantas víctimas.

HISTORIAS DEL FIN DEL MUNDO

El tema de la peste en la literatura atraviesa las letras medievales y desemboca en *La danza general de la Muerte*, texto castellano de principios del siglo XV. Seiscientos versos donde la nobleza, el clero y el pueblo son invitados a entrar en el baile final. El ya mencionado tema del *Buen morir* siempre reclama su lugar, el *Memento mori* que se acepta bajo el rito desenfadado de la fiesta, donde ya no importan las ratas circundantes ni nada (estremecedora imagen captada por Herzog en su personal película *Nosferatu*, 1979). Este tópico atraviesa la literatura y aparece en el libro de libros, *Don Quijote*, en el capítulo XI de la segunda parte, donde la célebre pareja se encuentra con unos cómicos que representan *Las cortes de la muerte*, un auto sacramental de Lope de Vega.

La evasión y entrega al placer ya aparecía en una de las obras esenciales de la literatura, uno de los primeros libros de cuentos, de forma narrativa percibida como moderna, conocida como *El Decamerón* (publicado en 1351) de Giovanni Boccaccio. Un grupo de jóvenes (siete mujeres y tres hombres), agobiados ante la inminente avanzada de la peste negra florentina de 1348, se refugia en una villa rural para contarse, unos a otros, historias de un mundo que alguna vez fue y que tal vez ya no será. Los protagonistas, tal vez conscientes de que la muerte llegará tarde o temprano, escapan para experimentar el placer a través de vidas imaginarias.

Se suele recurrir a este juego propuesto por su italiano creador como metáfora del sentido de negar el caos de la realidad y entregarse a la contemplación del arte como única posibilidad humana. Aquí encontramos el llamado a la lectura de mundos vanos y efímeros presos en los libros. Las diez jornadas del libro, con sus cien historias picarescas, eróticas, esperanzadas, desencantadas, atrapadas entre lo hu-

mano y lo divino, además de recrear las pugnas del decadente mundo medieval, con sus diversas voces nos llaman a sumergirnos en el refugio más absurdo posible: el de la ficción, el de la evasión por excelencia de la realidad: contar historias.

Boccaccio, testigo directo de la llamada peste bubónica o peste negra, en el prólogo de su magna obra nos recuerda un infierno donde los humanos huyen o se entregan a la muerte, donde se celebran fiestas que ante el desespero ignoran la enfermedad o quemas y absurdas barreras para refrenar la avanzada de la enfermedad. Todos los relatos que componen el libro nos llaman a “meter al diablo en el infierno”, ya sea a través de la entrega total al placer sensual o por medio de la negación y la abstinenza del cuerpo.

En su vejez, Boccaccio renegó arrepentido de su obra maestra, pero son sus palabras de introducción las que en tiempos de virus recordamos como aliento: “Así como el final de la alegría suele ser el dolor, las miserias se terminan con el gozo que las sigue”. J. W. Waterhouse pintó a los jóvenes narradores, bellamente ataviados, embelesados en sus historias.

VENDRÁ LA MUERTE Y TENDRÁ TUS OJOS'

Como en aquel poema del poeta suicida Cesare Pavese, en algunos relatos la muerte que imaginamos llega bajo formas estupendas o como simple y banal espejo. En *La muerte de la máscara roja* (1842), del genial Edgar Allan Poe, Próspero, un poderoso príncipe encerrado en una lujosa abadía junto a sus amigos de la nobleza, se entrega a un vanidoso hedonismo que reniega y desconoce la avanzada de una cruenta enfermedad que azota su ciudad. Las personas sangran y enfrentan dolorosas agonías que, por fortuna, desembocan muy rápido en el fallecimiento. Convencido de haber vencido a la muerte, el déspota y vanidoso Próspero realiza un baile de máscaras, con una

majestuosa puesta en escena de habitaciones coloridas que desafían a los asistentes a realizar una danza macabra. Un inesperado invitado ataviado con el color de la sangre llega para reclamar lo inevitable.

Además de describir los efectos de epidemias provocadoras de efectos y agonías en extremo dolorosas (como, por ejemplo, el ébola), con este relato Poe nos recuerda cómo la muerte hermana a todos los humanos y cómo los poderes sociales son absurdos al final de cuentas. Si algún poeta supo de la convivencia cercana con la enfermedad ese fue Poe; su madre murió tras su nacimiento, su joven esposa pereció como consecuencia de la también expansiva tuberculosis. Pareciera que el jinete de la guadaña se empeñó en alcanzarle mucho más que a otros humanos. Finalmente lo encontró, pero en medio de un delirio en el que creyó entrar en el mundo de sus personajes. Tal vez Poe la venció y su alma inmortal yace errabunda y revive cada vez que alguien toma absenta o lee cualquiera de sus perfectas obras.

En *La peste escarlata* (1912), el memorable Jack London, además de estremecernos con la descripción de los dolorosos síntomas



SAN GENARO LIBERA A NÁPOLES DE LA PESTE, LUCA GIORDANO

FOTO: FINE ART IMAGES/HERITAGE IMAGES/GETTY IMAGES

de la erupción propia de la enfermedad que cubre el rostro y el cuerpo “como un reguero de pólvora”, ya nos advertía de una pandemia en el año 2013, una que asolaría a la civilización por completo. Pasados sesenta años de la hecatombe, un viejo, alguna vez joven profesor, intenta que sus nietos que viven en un estado de salvajismo recobren la extinta humanidad, esa que subyace en el lenguaje, en la poesía, en la contemplación, en la mirada.

En *Guerra mundial Z* (2009), de Max Brooks, en un escenario contemporáneo (con adaptación cinematográfica), una epidemia zombi desata una trepidante épica donde el mundo se convierte exponencialmente en un escenario bélico. Los humanos enfrentan una epidemia viral que avanza buscando organismos sanos para colonizar. Solo la inteligencia y la capacidad de anticipar el siguiente paso del enemigo puede guiar nuestro combate y garantizar nuestra supervivencia. Cómo duele hoy evocar esta novela tan reciente, considerada menor o simple ciencia ficción de segunda; en sus páginas estaban ya todos los titulares que hoy nos embargan y la clara advertencia que de tener líderes obtusos e ineptos, no hay conoci-



FOTO: VCG/WILSON CORBIS VIA GETTY IMAGES

SAN SEBASTIÁN INTERCDE EN UNA EPIDEMIA DE PESTE, JOSEE LIEFERINXE

miento científico ni lucha que valga. Debimos leerla con mayor atención (el presidente de Francia parece que sí la leyó).

Brooks también es el autor de *Guía de la supervivencia zombi*, un libro en apariencia párroco, presentado como un manual práctico para un mundo imposible de ser, uno que hasta hace poco nos provocaba risa, como tantas cosas que ahora se nos atragantan al intuir su cercanía real. Cuando le preguntaron a Brooks qué pasaría si su libro se tornara real, respondió: "Van a morir más personas por culpa de los humanos que por culpa de los zombis".

No sobra recordar que en *La guerra de los mundos*, de H. G. Wells, son nuestros virus quienes nos salván y eliminan a los invasores extraterrestres.

En *La peste* (1947), de Albert Camus (un libro que en Colombia curiosamente se solía leer en secundaria y de seguro está muy presente hoy en la conciencia de quienes hicieron la tarea), la vida como la conocíamos ha cambiado para siempre. Los amantes que se han separado en un mundo aún estable nunca se reencontrarán; las flores que ayer ignoramos serán el sueño del futuro. Los individuos bus-

carán su preservación pasando unos encima de otros. Un hombre, uno solo, podría hacer la diferencia al elevarse entre la masa y extender la mano al que la necesita. Solo así empieza la posibilidad de volver a empezar. Camus, ese gran arquero de fútbol al que imaginamos siempre lúgido, nos revela con contundencia lo que precede al caos, atento a cómo la felicidad parecerá siempre una trampa del destino que solo anticipa un mañana oscuro:

"Oyendo los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux tenía presente que esta alegría está siempre amenazada. Pues él sabía que esta muchedumbre dichosa ignoraba lo que se puede leer en los libros, que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las maletas, los pañuelos y los papeles, y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa".

Todo lo que se diga sobre *El diario del año de la peste* (1722), de Daniel Dafoe, se queda corto ante su magnitud literaria y su poder

simbólico. El autor ficcionaliza la plaga que asoló Londres entre 1664 y 1666, para arrojarnos una crónica despiadada, detallada, incluso estadística del momento a momento de la avanzada epidémica y sus estragos. Tal vez se trata de la mejor novela de no-ficción de todos los tiempos; esa mezcla de indagación cronística, de equilibrio perfecto entre veracidad y verosimilitud, de precisión objetiva, pero a la vez de introspección subjetiva.

La negación, el escepticismo, las teorías conspiranoicas, las acciones ridículas (o tal vez no) para evitar ser contagiado, la vida privada modificada, las pasiones convertidas en vanas ilusiones, los buenos seres humanos convertidos en villanos de sí mismos, los seres comunes deviniendo héroes, son algunos de los tópicos que destellan en esta obra maestra de la honestidad del dolor y la esperanza en una especie tan lejana de la perfección como la nuestra. En un apartado del libro, los amantes se preparan para separarse cuando aún no ha llegado lo peor, y aun sin saber el horror que vendrá intuyen en el aire el drama que se avecina. Y entonces, dicen que tendrán que volver a empezar.

El doctor Rieux, el héroe incondicional de la novela, señala: "Es una idea que puede provocar risa, pero la única manera de luchar contra la peste es la honestidad".

En *La carretera* (2006), de Cormac McCarthy, asistimos a la conmovedora escena de un padre que sostiene la mano de su hijo en un mundo devastado hace ya tiempo, en su fase final probablemente. No hay esperanza alguna, se vive solo en el ahora. Los recuerdos de un mundo mejor son incluso molestos, pues nada volverá a ser como antes. Solo queda avanzar, proseguir como animales salvajes en busca de alimento. Nomadismo de supervivencia en medio del silencio. Cada nuevo hallazgo de una hogaza de pan, de vino, provocan un breve destello de felicidad, otro sentimiento que ya ni siquiera se reconoce. Morimos no por la peste o lo que sea que haya destruido el mundo, sino por la pérdida de emociones.

“-Tenemos que apartarnos de la carretera.
-¿Por qué, papá?
-Alguien viene.
-¿Los malos?
-Sí. Eso me temo.
-Podrían ser buenos, ¿no?
-No -respondió. Miró al cielo por la fuerza de la costumbre pero no había nada que ver allí.
-¿Qué vamos a hacer, papá?
-Nos marchamos.”

En otras importantes obras literarias la peste y sus variables depredadoras avanzan como telones de fondo para, al final, alcanzar a sus protagonistas, que alienados en su historia decidieron ignorar que el drama verdadero no es aquel que aqueja de forma íntima, sino a la humanidad. Los octogenarios amantes de *El amor en los tiempos del cólera* (1985), de Gabriel García Márquez, el viejo mirón esteta de *La muerte en Venecia* (1912), de Thomas Mann, enfrentan su final atrapados en su coraza personal, en su destino cerrado al gran teatro del mundo. La peste cubre su cielo tan deseado, todo oscurece y, a pesar del júbilo de los enamorados y de la contemplación de la belleza, cierra el telón.

En *El amor es ciego* (1949), un cuento de Boris Vian, una densa niebla hace imposible que los humanos se vean entre sí; otros sentidos como el tacto se vuelven primordiales para buscar lo bello y lo deseable. Se reinventa el concepto de belleza y ese llamado amor llena los corazones de los habitantes. Cuando la niebla se desvanece, los hasta ese momento felices ciudadanos prefieren sacar sus ojos.

No siempre la lectura del final le apuesta a la unidad como salvación. En *La niebla* (1980), un relato de Stephen King, la bruma que oculta monstruos invasores de una dimensión alterna pone a prueba los rezagos de empatía. Los fanatismos arrasan todo principio de realidad, los grupos justifican todo acto violento; los individuos, donde aún se resguarda la humanidad y la piedad son mancillados, expulsados, condenados al exilio. Un cuento del colombiano René Rebétez, titulado magistralmente *La nueva prehistoria*, imagina una mutación que reúne los cuerpos de los humanos y los transforma en gusanos con miles de brazos y piernas, superorganismos que rápidamente aniquilan al individuo, ese que renegaba de la masificación, del indivi-





FOTO: DEAGOSTINI/GETTY IMAGES

LA PLAZA DEL MERCADO DE NÁPOLES DURANTE LA PESTE, DOMENICO GARGIULO

duo amontonado, de las filas, de la idiotez de la multitud, ese bello neurótico capaz de amar la soledad, ahora obsoleto ante la nueva biología predominante.

Escritores, poetas, pintores, músicos, cineastas han representado el fin de su mundo o el del futuro, han imaginado el infierno o el paraíso de los finales. Puede horrorizarnos pensar en el desastre final, pero también puede de explorarse como una dimensión única del ser humano, quien puede contemplar con quietud el final de su especie o replantearse su habitual narcisismo e ingenuidad ante la mortalidad. También existen obras que no buscan ampararnos sino recordarnos la brevedad de la vida, como este poema de Quevedo:

“¡Ah de la vida!...
¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido!
La Fortuna mis tiempos ha mordido;
las Horas mi locura las esconde.

¡Que sin poder saber cómo ni adónde
la Salud y la Edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.

Ayer se fue; Mañana no ha llegado;
Hoy se está yendo sin parar un punto:
Soy un fue, y un será, y un es cansado.

En el Hoy y Mañana y Ayer, junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto”.

Estos escenarios ilusorios, tantas veces visitado por George Romero con sus películas de zombis, temores que por estos días se han virtualizado como muy posibles, pueden hacernos maldecir hasta el último instante nuestra fragilidad y sucumbir al resentimiento

de nuestra impotencia, pero también pueden hacernos respirar por fin al comprender que nuestra especie no se limita a un “sistema de vida”, que lo humano estuvo y estará más allá de una pretendida “comodidad”, muy por encima de fronteras ideológicas o de cualquier sistema de diferenciación social excluyente. Así nos lo recuerda el cuento Sufi de Nasrudín y la peste:

“Iba la Peste camino a Bagdad cuando se encontró con Nasrudín. Este le preguntó:
—¿Adónde vas?

—A Bagdad —le contestó la Peste— a matar a diez mil personas.

Después de un tiempo, la Peste volvió a encontrarse con Nasrudín. Muy enojado, el mullah le reclamó:

— Me mentiste. Aseguraste que matarías a diez mil personas y mataste a cien mil.

—Yo no mentí —le respondió la Peste—, maté a diez mil. El resto se murió de miedo”.

Las obras de arte que dan testimonio de la peste y su devastador poder, disimiles en muchos sentidos, guardan un elemento en común: nos señalan que en el límite, al borde, al final de todo, los bellos y tristes ojos de los humanos brillan con el esplendor del nacimiento de un universo, tal vez porque han comprendido que la vida y la muerte tienen por fin sentido cuando se encuentran. Eso sí, no olvidemos nunca la lección de *El flautista de Hamelin*, recuperado por los hermanos Grimm, también hecho poema por Robert Browning, de que cuando todo

pase y el virus se marche, mantengamos nuestra gratitud con aquellos que nos ayudaron a sobrellevar este nuevo drama y recordemos (tal vez con un abrazo distante) a quienes hicieron posible que nos libráramos del mal.

Al salir de esta oscura galería, debemos pensar también en Shakespeare bajo cuarentena por la amenaza de una peste londinense dando forma a unas de sus tantas obras maestras: *El rey Lear*, *Macbeth*, *Antonio y Cleopatra*. Los temas en ellas abordados nos alertan de que no necesariamente la muerte que ronda nos obliga a provocar un arte decadente y desencantado. Podríamos ocupar nuestra pluma en asuntos que tarde o temprano serán nuestra agenda de señalamientos y reclamos a los corruptos y ambiciosos mandatarios del planeta.

A mí también atormentada cabeza de alguien que enfrenta una realidad que solo había visto a través de las ficciones del arte, que intenta evadir la pesadilla de aquellos médicos medievales cubiertos con máscaras de pájaros, con las cuales pretendían inútilmente evitar el contagio, llega salvadora y con más potencia la imagen de la joven y valiente Anna Frank escribiendo su diario como única, pero grandiosa posibilidad de experimentar la existencia, privada del mundo de afuera, obligada al encierro por culpa de otro tipo de peste, la del odio, esa que no debeemerger en medio de la que ya enfrentamos y a la cual debemos derrotar sin pasar jamás por encima de otros. Solo así valdrá la pena seguir viviendo. ■



FOTO: WIKIPEDIA COMMONS

SAN ROQUE ENTRE LAS VÍCTIMAS DE LA PESTE Y LA VIRGEN EN LA GLORIA, GIACOMO DA PONTE BASSANO

L U I S A

D U Q U E



FOTOGRAFÍA: ESTEBAN FRANCO // MAKE UP : SUSANA FERNÁNDEZ // AGENCIA : LIMC MODELS

EN SAN ROQUE, Antioquia, a la familia de Luisa Duque la reconocen por poner salsa en cualquier celebración; ella continuó con esa herencia y cada vez que puede baila los clásicos o alguna canción de bachata. Tiene 19 años y estudia comunicación social, pero no por el periodismo sino por la parte organizacional y de mercadeo. Trabaja en el área comercial de un banco y como modelo ha hecho varios comerciales de televisión.

 @LUISETDUQUEE

EL TIEMPO Colecciones presenta:

STAR WARS™

BUSTOS DE COLECCIÓN

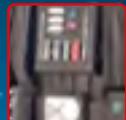
«PRIMERA PARTE»



SALIDA 1
DARTH VADER ▶
+ FASCÍCULO



TAMAÑO APROX. 11,5 cm.



Acabados de alta calidad



Realizados en resina y pintados a mano



Accesos fieles a los originales

DESCUBRE ESTE FASCINANTE UNIVERSO
DE AVENTURA Y HEROÍSMO
COLECCIONÁNDOLOS TODOS.



¡CERTIFICADO DE AUTENTICIDAD
DE LAS FIGURAS!



LA COLECCIÓN COMPLETA
INCLUYE 15 BUSTOS + 15 FASCÍCULOS

MÁS INFORMACIÓN: tienda.eltiempo.com/starwars

LLAMA AL 426 6000, OPC. 3 EN BOGOTÁ,
O AL 01 8000 110 990, LÍNEA GRATUITA NACIONAL.

BENEFICIO EXCLUSIVO DEL CLUB DE SUSCRIPTORES EL TIEMPO:



\$ 538.900

LA UNIDAD
TE SALE
A TAN SOLO
\$ 35.926

PRECIO COLECCIÓN NO SUSCRITOR: \$ 598.500 · PRONTA ENTREGA · ENVÍO SIN COSTO



RENAULT

Passion for life

Renault KWID

El SUV de los compactos



Gran altura
al piso

Bajo consumo
de combustible

Amplio
espacio interior

La imagen corresponde a: Renault Kwid Outsider modelo 2021.

Renault recomienda

Conoce más en: www.renault.com.co |



SISTEMA
ANTIBLOQUEO
DE FRENOS



CONTROL
ELECTRÓNICO
DE ESTABILIDAD



ALERTA DE COLISIÓN
FRONITAL



FRENADO
AUTÓNOMO DE
EMERGENCIA



SISTEMA DE SUjecIÓN
INFANTIL ISOFIX



AIRBAGS (4)